

# ***TRIBUNALES DE VENGANZA***

**Rosario de Acuña**

**Freeditorial** 

*Al Excmo. Señor Don Antonio Ros de Olano en prueba de la admiración que le profesa la autora*

PERSONAJES	ACTORES
ANDREA. 26 años	D. <sup>a</sup> Elisa Mendoza Tonorio
GUILLEN SOROLLA, 24 años	D. Rafael Calvo
ASAIL, árabe, 36 años	D. Donato Jiménez
D. LUIS CABANILLAS, noble, 38 años	D. José Luna
VICENTE, agermanado	D. Ricardo Calvo
1 <sup>er</sup> agermanado	D. Alfredo Calvo
2. <sup>o</sup> id	D. Fernando Calvo
3. <sup>o</sup> id	D. Fernando Corral
CAPITÁN	D. José Calvo
2. <sup>o</sup> id	D. Pedro Moreno
PAJE	D. <sup>a</sup> Ana Gallardo
SOLDADO	D. Mariano
AVENTURERO	Jiménez
FRAILE	D. Jorge Bucero
Soldados, heraldos, pajes, jueces, verdugos, frailes y pueblo.	

La acción pasa en el siglo XVI, en los años 1519 y 1522. El primero y segundo acto en Valencia y el epílogo en Játiva.

## ACTO PRIMERO

Casa humilde de artesano. A la derecha del espectador, en primer término, una chimenea sin lumbre, pero con leña: segundo término, una puerta. A la izquierda del espectador, primer término, un telar de la época, segundo término una puerta. Telón de fondo, en el frente un balcón con barandilla baja y practicable para saltar por ella. Sillas y taburetes de la época; mesa cerca de la chimenea, vasos y botellas en la mesa. Al empezar el acto es de día, pero en la primera escena anochece y entran una lámpara encendida: el balcón cerrado.

### ESCENA PRIMERA

**SOROLLA, VICENTE, 1.º, 2.º y 3.º AGERMANADO, más otros dos que no hablan. Sorolla y Vicente sentados alrededor, dejando su colocación a cargo del director de escena.**

VICENTE. Cuantos detalles pides, esta noche en casa de Lorenzo te daremos, y si no quieres ir...

AG. 1.º (Interrumpiendo.) Lo cual sentimos...

VICENTE. Cuando se empiecen á contar los hechos de la gran Germania valenciana, sabrás nuestra intención, nuestros proyectos.

AG. 2.º ¿Te decides o no?

SOROLLA. Y bien, supongo  
que por fin consintiera en vuestro empeño,  
pobre artesano soy, sin más riquezas  
que las escasas que al trabajo debo,  
ni la fama se ocupa de mi vida  
ni más blasones que mi nombre tengo.  
¿Dónde está mi valer, ni qué servicio  
a esa noble hermandad prestarle puedo!

VICENTE. ¡Vive Dios! no. Guillen, tú puedes mucho,  
tu vasta ilustración, tu gran talento...

AG. 2.º Al brillo que despiden tus virtudes,  
al fulgor de tus nobles pensamientos  
podrán mirarse las grandezas todas  
que ocultas guarda el generoso pueblo.

AG. 1.º ¡No abandones, Sorolla, a tus hermanos!

VICENTE. Otra causa mejor jamás la vieron

los que la historia escriben: la justicia

al combate nos llama.

(Entra Asail con una lámpara encendida que deja sobre la mesa, y se va por la izquierda, que es por donde salió, llevándose las botellas vacías.)

SOROLLA. No comprendo

que se pueda acudir a los desmanes

sin intentar, por bien, poner remedio.

VICENTE. La junta de los trece á quien pensamos

dar el sumo poder, verá de hacerlo,

pero si ella nos manda que a las armas,

a las armas, Guillen, acudiremos.

SOROLLA. (En tono de reproche.)

Un rey se sienta en el hispano trono.

VICENTE. Por desgracia ese rey nació extranjero...

AG. 1°. (Interrumpiendo.) Y emperador de tierras bien lejanas,

se aconseja no más de los flamencos.

SOROLLA. (Con arrogancia.)

¿Y desde cuándo a la extranjera gente  
el altivo español le tuvo miedo?

Si el austriaco don Carlos con orgullo  
quiso regir los españoles reinos  
trayendo las costumbres de su patria,  
no con desdenes se pondrá el remedio  
que más aumentará su camarilla  
cuanto más se convenza del desprecio.

AG. 1° (Ap. al segundo.) (*Mírale, resplandece su figura.*)

AG. 2. (Ap. al primero.)

(*Y al par que admiración causa respeto.*)

SOROLLA. El desdén ignorante que demuestran  
a extraño rey los castellanos pueblos  
risible cobardía me parece,  
que él es uno no más y muchos ellos.

VICENTE. Son tantos los desmanes que sufrimos,

es tanta la justicia que queremos,  
que ese rey ambicioso de victorias  
tuviera que olvidarlas mucho tiempo: (Con intencion.)  
y ya lo ves, en guerras dispendiosas  
con el afán de glorias y trofeos,  
pasa la vida sin que nunca llegue  
libertad y justicia á concedernos.  
Valencia, esta Valencia de los Cides  
gime oprimida por feroces dueños...

AG. 1.º \* Los hijos de la bárbara nobleza,  
gobernando á su antojo nuestro pueblo  
sin conocer autoridad ninguna,  
pues sólo el rey pudiera contenerlos,  
de sus pasiones escuchando el grito,  
ni honra ni vida respetar supieron,  
y con ultrajes viles nos ofenden  
sin que el castigo conseguir logremos.

VICENTE. (Levantándose.) Esposas de su hogar arrebatadas,  
ancianos que su nombre defendiendo,  
al rudo golpe de salvaje mano

por sus hijas llorando perecieron,  
vírgenes indefensas ultrajadas,  
niños abandonados en los templos,  
familias que perdieron sus riquezas  
con mana envueltas en villanos pleitos,  
sin paz los artesanos, sin trabajo  
el desgraciado y pobre jornalero,  
sin jueces los cerrados tribunales  
y la ciudad entera sin gobierno  
Este cuadro que horrible se presenta  
fuerza es que tenga quien le de remedio,  
ya que ese rey ajeno a nuestras penas  
entregados nos deja a nuestro esfuerzo.

AG. 1.º Justicia, solamente la justicia  
levanta nuestro brazo.

SOROLLA. Quiera el cielo  
que en pos de la justicia, la venganza  
no venga a perturbar vuestro deseo!

VICENTE. (Con ímpetu. Se levantan todos menos Sorolla)



Si acaso fuera así, que no nos culpen:  
sin murmurar sufrimos largo tiempo  
y más en nuestro daño se gozaron...  
Las rocas de fuertísimos cimientos  
cuando tiembla la tierra, se estremecen  
y sus pedazos saltan a los cielos.

SOROLLA. (Levantándose.)  
También los Comuneros de Castilla  
levantáronse en armas: ¡cuánto duelo  
y cuánta sangre! ¡para qué!...

VICENTE. Sorolla,  
esa guerra sagrada que emprendieron  
sin término la vemos todavía.  
¿Quién será el vencedor?, ¡sábelo el cielo!

SOROLLA. Carlos primero de la tierra toda  
audaz pretende conquistar el cetro:  
el que sueña con tales ambiciones  
y concibe tan grandes pensamientos,  
¿podéis imaginaros que vacile

ante las vallas que levante el pueblo?

VICENTE. El torrente que brama impetuoso  
por seco tronco de podrido cedro  
le vemos detenerse en su carrera...

SOROLLA. Para luego seguir aun más soberbio.

VICENTE. En fin, Guillen, no intentes disuadirnos.

AG. 1.º Nuestra empresa es muy santa...

SOROLLA. Yo no quiero  
que consintáis impunes los delitos,  
¡antes morir que merecer desprecio!  
lo que ambiciona el alma conmovida  
escuchando las quejas de un gran pueblo,  
es la noble templanza del que justo

VICENTE. Ya lo he dicho; la junta que de trece  
de nosotros, sin falta elegiremos  
esta noche, será la que nos guíe

prestándole obediencia en juramento.

(Dos o tres de los agermanados toman las capas poniéndoselas.)

AG. 2.º Si vienes, ya lo sabes, de la junta  
serás: piénsalo bien...

SOROLLA. Allá veremos....

(Se dirigen ala puerta de la izquierda.)

AG. 3.º (Despidiéndose de Guillen, le da la mano.)

La patria te reclama...

AG. 1.º (Despidiéndose.) El pueblo gime.

SOROLLA. Tal vez acudiré...

VICENTE. (Despidiéndose.) Guárdete el cielo.

SOROLLA. (A todos.) Y a vosotros también.

(Se van todos menos Sorolla. Se van por la izquierda.)

## ESCENA II

### SOROLLA y luego ANDREA

SOROLLA ¡Hermosa raza  
de los altivos E indomables pueblos  
que supieron morir entre las llamas  
por no sufrir desconocidos dueños!  
¡Ay! Si la historia relatase un día  
con lenguaje imparcial sus grandes hechos,  
acaso el mundo estremecido viera  
quien de virtudes le enseñó el ejemplo.  
¡Ignorados plebeyos de mi patria  
ni ellos mismos tal vez se conocieron  
y acaso rompan la fatal cadena  
que forjan los tiranos en sus reinos!  
(Se sienta quedándose pensativo. Pausa. Sale Andrea por la  
derecha y por detrás de Guillen: le echa los brazos sorprendiéndole.)

ANDREA. El verte pensativo me entristece,  
que nunca vive pensativa el alma  
cuando encuentra un cariño tan sincero  
como te ofrezco yo.

SOROLLA. (Con cariño.) ¡Andrea, calla!

No imagines jamás que el pensamiento  
de un amor tan profundo se olvidaba:  
tú eres el puro aliento de mi vida,  
el sublime ideal de mi esperanza,  
la inspiración del noble sentimiento  
y de la buena acción, la hermosa causa.  
¿Cómo sin ti viviera ni un instante,  
si eres la parte que embellece el alma?

ANDREA. (Sentándose y con dulzura.)

Ya soy tu compañera, Guillen mío,  
la misión de mi ser tu bien me manda.  
Si aquí, en tu hogar, con el amor de esposa  
la dulce paz mi corazón derrama,  
es porque en ti las perfecciones veo  
y espejo fiel de tus virtudes santas  
devuelvo los fulgores que recibo.

SOROLLA. ¡Notas del cielo vierten tus palabras!

ANDREA. La belleza infinita de esos cielos  
también me la enseñaron tus miradas.

SOROLLA. ¡Ay! cuan pocos conocen la ventura  
que aqueste albergue sin riquezas guarda,  
cuan pocos viven sin pesar ninguno,  
sin la necia y brutal desconfianza.

ANDREA. Viven tan mal porque jamás quisieron ;  
prestarle a la mujer la luz del alma,  
haciéndola partícipe del mundo  
que en la razón del hombre se levanta.  
Adorno de su vida, vano juego  
de sus pasiones torpes y livianas,  
nosotras meditamos sin conciencia,  
conocemos tan sólo la desgracia,  
somos dignas no más que por orgullo,  
y amantes, porque amando nos ensalzan,  
siendo nuestra existencia desvalida,  
ave sin canto, rosa sin fragancia,  
primavera sin sol, concha sin perla,  
diamante sin pulir, lumbre sin llama.

SOROLLA. No todas han nacido, Andrea mía,  
con una inteligencia despejada.

ANDREA.No, Guillen, no, si el hombre nuestro dueño  
como tú me hablas siempre las hablara,  
ni en vanidoso alarde vivirían  
ni tan llenas se vieran de ignorancia:  
hay en el fondo de la vida nuestra  
un germen de virtudes sacrosantas  
que sólo espera cariñosa mano  
para crecer como fecunda planta.

SOROLLA. Y tú de esos vergeles de la tierra  
eres la más hermosa y más gallarda,  
que contigo reposa el alma mía  
cuando el humano batallar le causa...  
(En tono de reproche cariñoso.)  
No me escuchas, Andrea; ¡pensativa  
y por estarlo yo me reprochabas!

ANDREA. Si, pensativa estoy, hace algún tiempo

que noto en Asail tristeza tanta  
y tan profunda distracción, que temo  
nos suceda con él cualquier desgracia;  
y sin saber por qué pienso que un día  
pague muy mal a quien tan bien le trata.

SOROLLA. Tú que sabes rendir los albedríos,  
procura merecer su confianza  
y conociendo el mal, con fácil medio  
le podremos curar.

ANDREA. La empresa es ardua  
porque es muy reservado; más no importa,  
no, que esta noche le hablaré sin falta.

SOROLLA. Háblale, sí, tu paz antes que todo.

ANDREA. Otro motivo consiguió turbarla.  
¿Serás al fin agermanado? A veces  
cuando medito a solas en la causa  
que mueve a los pecheros de Valencia  
contra esos nobles de orgullosa raza,



siento en mi corazón algo que grita  
pidiendo se castiguen sus infamias;

(Con creciente indignación.)

y a veces, sin pensar, busco en mi diestra  
la férrea cruz de la bruñida espada.

SOROLLA (Con cariño.) Siempre enérgica fuiste y valerosa:  
encontrarte guerrera no me extraña.

ANDREA. ¡Guerrera! No te burles, Guillen mió:  
el varonil arranque de mi alma  
pensando en ti veloz desaparece  
cual la marchita flor que el viento arranca.

SOROLLA. Misterioso es por cierto tu destino!

ANDREA. Tímida soy cuando el amor me llama,  
y como eres tú solo el amor mio...

SOROLLA. En teniendo mi amor la pobre patria,  
nada importa que muera en torpe yugo?

ANDREA. ¿Qué puede hacer Andrea por salvarla?

SOROLLA. Tú nada; pero yo, ¡quién sabe!, ¡mucho!

ANDREA. Y tu vida, Guillen...

SOROLLA. ¡Mi vida!, ¡calla!

Si este aliento vital que nos conmueve  
por algo en las edades se contara,  
¿quién la historia del mundo escribiría?

ANDREA. No razones así, porque me espantas.

¡Más grande que la historia de la tierra  
es la vida de un ave, de una planta!

SOROLLA. (Con reposada entonación.)

Quizás con tu ternura femenina  
la profunda razón se muestra clara,  
pero el orgullo inmenso de los hombres  
o una ley invencible que lo manda  
hacen mirar la vida de los seres  
cual vano polvo que la tierra guarda.

(Con resolución.)

Además, piensa bien, Andrea mía,  
en lo mucho que sufre nuestra raza  
y en el íntimo altar de la conciencia  
verás que la justicia se levanta  
pronta a llevar cien mártires al cielo  
si con su sangre los demás se salvan.

ANDREA. (Con tristeza.)

¡Guillen! ¡Guillen!, ¡serás agermanado!

SOROLLA. Pocos momentos hace, vacilaba,  
y acaso en egoísmo pernicioso  
hubiera desoído a la desgracia,  
si no te hubiera visto, mujer débil  
por santa indignación trasfigurada.

ANDREA. ¿Es decir que yo soy quien te decide?

En mal hora escuchaste mi palabra!

SOROLLA. ¿En mal hora? ¡Bendito ese momento  
en que la esposa amante y elevada

deja escapar del alma conmovida  
algún destello del fulgor que guarda.

ANDREA. No siento, no, que a la hermandad te unas,  
siento el peligro atroz que te amenaza.

SOROLLA. ¿Peligro? no los temo. Escucha, Andrea:  
la caridad me recogió en mí infancia,  
y cual hijo sin padres conocidos  
árida y triste floreció mi alma;  
de un mercader de Játiva criado,  
mi humildad, mi trabajo y mi constancia  
lograron conseguir del rico dueño  
que parte de su herencia me legara.

ANDREA. Y con ella su nombre, nombre honrado...

SOROLLA. Que he sabido guardar libre de mancha  
y que venero siempre: con sigilo  
quiso que se cumpliese tal demanda,  
y cuantos me conocen dan por cierto  
que descendiente soy de aquella casa.

Ávido de saber, con ansia loca  
y aliento juvenil que me embriagaba,  
gasteme la mitad de mi fortuna  
a cambio de la ciencia que me daban.

ANDREA. Y volviste al oficio que tenías  
cuando en humilde condición te hallabas.

SOROLLA. Volví a mi oficio aprisionando el luego  
que el pensamiento audaz atesoraba  
como se encierra la valiosa joya  
cuando largo camino nos aguarda.  
Luchando desde niño por la vida  
mi corazón templose en la desgracia,  
y esos peligros que al humano cercan  
ni hacen menguar mi fe ni me acobardan.

ANDREA. (Con despecho.) Es cierto sí, para quien tanto vale  
y la ambición de lo vulgar traspasa,  
¿qué puedo yo valer?

SOROLLA. (Levantándose.) ¡Por Dios, Andrea!,

¿qué así te ofusque la pasión? ¡Ingrata!

¿Que yo soy ambicioso y tú no vales?

No pensaste sin duda en tus palabras.

Cuando al rudo vaivén de las pasiones

en la mujer de lo ideal soñaba,

te alzaste en mi camino revestida

con la belleza espléndida del alma.

Huérfana, pobre, sin amparo alguno

tu hermosa frente se rindió ante el ara.

ANDREA. (Levantándose y con vehemencia.)

Con santo amor cambiando en tu regazo

la virginal corona que ostentaba.

SOROLLA. Siete años de pasión inalterable

como prueba de amor aun no te bastan?

ANDREA. Perdóname, Guillen, ¡te quiero tanto!

¡es para mí tu vida tan preciada

que ante la sombra de mortal peligro

todo mi ser estremecido cambia!...

SOROLLA. Y por ese temor que te enloquece  
¿es justo que ambicioso me llamas?

ANDREA. ¡Perdón, Guillen!... (Con ternura.)

SOROLLA. ¿Has visto por ventura  
en nuestro hogar la perniciosa holganza,  
el maldecido aliento de la envidia,  
de la avaricia hipócrita la máscara  
o del orgullo ruin el necio alarde?

ANDREA. (Con tristeza.) Injusta he sido, sí, te doy palabra  
de que jamás pronunciará mi labio  
lo que así te ha ofendido.

SOROLLA. Es que no basta  
que no vuelva a escucharlo, Andrea mía:  
puede callar la voz y hablar el alma,  
y esas voces que vibran sin oyentes  
el sacro fuego del amor apagan.  
¡Tengo en mucho ese amor para que deje  
crecer la sombra leve que lo empaña!

ANDREA. Pues bien. Guillen, con mi temor unida  
guardo una horrible duda que me espanta.

Esa pasión vehemente que demuestras  
por la más noble y justiciera causa,  
¿será posible que á arrancarte llegue  
el profundo cariño que me guardas?

SOROLLA. (Con dolorosa sorpresa.)

¿Dudar? ¿dudar de mí!...

ANDREA. (Confusa) ¡Tiemblo perderle!

SOROLLA. ¿cuando de ti mi corazón dudara  
si antes que el pensamiento lo dijera  
desmentidla estaría por el alma!...

ANDREA. ¡Guillen!

SOROLLA. ¡Mujer al fin! (Con tono de reproche.)

ANDREA. (Con enérgica resolución.) No, ¡por mi nombre!



Si cual mujer que amante se acobarda  
déjeme arrebatat de necias dudas,  
cual espíritu libre a quien abrasa  
el fulgor de una viva inteligencia  
digna me quiero hacer de tu alabanza.

Tu deber es hacerte agermanado,  
tu deber es luchar cuando te llama  
al combate la voz de tus hermanos;  
luchar con las banderas de tu raza  
hasta que el pueblo que oprimido llora  
castigue a los que infames le maltratan.

(Creciendo en entonación.)

Tu deber es luchar sin que á tu paso  
se opongan mis razones ni mis lágrimas,  
que nunca viose el caudaloso río  
por débil roca detener su marcha...  
¡Aqueste es tu deber, y aunque me pese  
así mi corazón a solas habla!

SOROLLA. (Con entusiasmo.)

¡Y así también mi corazón te quiere!

Un pueblo entero sus lamentos lanza

pidiendo al trono hispano los derechos  
que una nobleza estúpida le arranca.  
¡Justicia a nuestros padres maltratados!  
¡Justicia a nuestra esposa violada  
y al infante que huérfano en su cuna  
sin nombre alguno se verá mañana!  
¡Justicia por do quier grita el pechero,  
y este clamor que inmenso se levanta  
no es bien, Andrea, que en mi hogar resuene  
sin que responda conmovida el alma,  
que si la paz y el bienestar nos cercan,  
mas el deber a combatir nos llama,  
pues solamente el corazón viciado  
tranquilo mira las ajenas lágrimas.  
Hoy mismo me uniré a la Germanía.

ANDREA. Noble es tu inspiración, grande la causa.

¡Quiera el cielo premiarte cual mereces!

SOROLLA. Libre me veo de ambición bastarda.

Si consigo arrancar de mis hermanos  
el espíritu ruin de la venganza

y elevo sus dormidos pensamientos  
a la región donde la mano santa  
escribe los destinos de la tierra;  
si lograrse guiar sus esperanzas  
hacia el eterno sol de la justicia,  
y que le vieran sin oscuras manchas,  
cumplidos estarían mis deseos,  
cumplida la ambición que lleva el alma.  
(Recoge su capa y se la pone.)

ANDREA. (al verle dispuesto a marchar.)

¿Te marchas ya?...

SOROLLA. La junta que esta noche  
en casa de Lorenzo se prepara  
es para dar definitiva forma  
a la gran rebelión.

ANDREA. (Con viveza.) Pues no hagas falta.

Vete, Guillen, mientras mi amor constante  
por ti queda rogando en tu morada.

SOROLLA. (Antes de salir por la izquierda.)

Adiós, Andrea.

ANDREA. Adiós.

SOROLLA. (Deteniéndose un momento.) ¿De aquellas dudas?...

ANDREA. (Vivamente.) Sólo tengo el pesar de recordarlas;  
ve a cumplir tu deber.

SOROLLA. Sí, cual me obliga  
la pobre cuna de mi triste infancia. (Se va.)

### ESCENA III

**ANDREA sola**

ANDREA. (Refiriéndose a Guillen.)

Vete a cumplir con generoso alarde  
el pacto fraternal que nos impuso  
la ley de la razón; no llegues tarde  
a conquistar las glorias  
con que adornan los pueblos sus historias!  
¡Ay! corazón que late temeroso  
por la preciada vida  
de tu adorado esposo,  
¡cómo te siento de dolor henchido  
buscando en los abismos de la duda  
algo que preste apoyo á tu quejido!  
No dudes, no vaciles, no te azores,  
hazte digno del alma que te guía,  
templa el fuego que brota de tus venas  
y allá en el fondo de tus tristes penas,  
con el suave fulgor de la alegría  
pinta las glorias que a los héroes siguen  
cuando los héroes la maldad persiguen

## ESCENA IV

**ANDREA, y ASAIL, éste en traje de árabe pero no muy original ni rico**

ASAIL.(Aparte) (Sola está ya.)

ANDREA. (Aparte) (Asail.)

ASAIL (Alto.) ¿No te retiras?

Dijo Guillen que tardará algún tiempo.

(Acercándose al balcón.)

La noche ya ha cerrado y está fría.

¿Te vas a recoger o enciendo fuego?

ANDREA. (Con intención) Mucha prisa te corre que en reposo vaya a esperar a nuestro amado dueño.

ASAIL. (Aparte) (Ella se hace mi igual porque no quiere rebajarme.)

ANDREA. (Con cariño.) ¿Qué rezas?

ASAIL. (Secamente.) Yo no rezo.

ANDREA. (Sentándose.) Ven, Asail, aquí; más a mi lado.

(Asail se acerca quedando en medio de escena.)

¿Guardas de tu niñez algún recuerdo?

ASAIL. (Aparte y confuso.) ¡Qué pregunta!

ANDREA. Responde.

ASAIL. Los que guardo,

¿qué pueden importarte?

ANDREA. Tengo empeño

en conocer la historia de tu vida.

(Aparte) (Algo sabré si logro enternecerlo.)

ASAIL. (Aparte) (Poco me importa ya que la conozca.)

(Alto.) ¡La historia de mi vida! ¡Ha largo tiempo

que la memoria sólo me la cuenta

y la escucha, no más, el pensamiento!

(Como si hablara solo.)

Aquella noche fría y tenebrosa  
tan lóbrega como esta, aquel infierno  
de gritos y de llamas, que cercaba  
el hermoso aduar de mis abuelos,  
jamás podrá borrarse de mi alma.

ANDREA. ¿Algún combate?

ASAIL. (Sigue ensimismado.) Todos perecieron.

(Pausa y transición al tono de relato.)

En los fértiles llanos de Valencia  
de árabe raza y sin feudales dueños  
una pequeña aldea se veía  
blanca paloma entre frondoso huerto.  
De mi madre y hermano único apoyo  
y por mi estirpe real, pues sangre tengo  
de los Abderramanes, por los míos  
criado fui con especial esmero;  
doce años a lo menos contaría,  
y al maternal hogar apenas vuelto  
cuando una noche en que el augur cantaba,  
de espanto nos llenó bárbaro estruendo.



(Con viveza.) De condales señores vil cuadrilla.  
seguida de jayanes y escuderos,  
como feroces tigres de la Nubia  
en torno de nosotros se esparcieron.  
De la torpe rapiña aconsejados,  
dando reposo apenas al acero,  
tendidos en sus ágiles corceles,  
en sus pupilas irradiando el fuego  
y ebrios por el placer que imaginaban  
nuestras hermosas compañeras viendo,  
entre llamas y sangre revolvían  
las blancas plumas de sus ricos yelmos.

ANDREA. Envidiosos tal vez de que gozarais  
los más feraces campos de estos reinos.

ASAIL. (Sigue relatando y con encono.)  
Así los vi como legión furiosa  
del tranquilo dormir aún no despierto,  
y así los vi llevándose a mi madre,  
cuyos gritos de horror me estremecieron.

(Con viveza.) Seguí tras ella, vacilante el paso.

ronca la voz en fuerza de lamentos,  
el corazón henchido de soberbia,  
y en pos de mí mi hermano pequeñuelo,  
que sin hablar aún en su inocencia  
lloraba el pobre con agudo acento,  
hiriéndose con brasas y guijarros  
sus tiernas plantas, su desnudo cuerpo.

(Procure el actor que esta última parte del relato sea bien entendida del público, para lo cual marcará bien las frases.

Pausa y transición de tono.)

Clavado este puñal hasta su pomo,  
(Señalando un puñal que llevará al cinto.)

roto el vestido, su cabello suelto,  
encontreme a mi madre, cuyos ojos  
con vidrioso mirar me conocieron...

*¡Venganza!* dijo con mortal congoja,  
*¡Guárdate este puñal, busca a su dueño*  
*y véngame, que muero deshonrada.*

*Adiós, hijo! ¡Tu hermano...!* Esto dijeron  
aquellos labios para siempre fríos,  
aquellos ojos para siempre muertos.

ANDREA. (Con horror.)

¡Jesús qué horror, qué horror!!

ASAIL. ¡De su agonía

fijo en el corazón llevo el recuerdo!

(Transición del dolor a la tranquilidad triste.)

Los tenues rayos de la blanca aurora

a la razón y al mundo me volvieron,

arranqué de la herida que aún manaba

el puñal vengador, besé aquel suelo

sepulcro de los míos, con presteza

busqué a mi hermano; ¡nada!, ¡vano empeño!,

dos años contaría el pobre niño,

y sin duda murió de pena y miedo

o tal vez un pechero compasivo

con él se le llevó su infancia viendo.

Seguro de encontrarle, si vivía,

pues llevaba pendiente de su cuello

un bendito recuerdo de mi madre,

pensé en mi situación leve momento,

y hacia Valencia encaminé mi paso

sin hallar a mi hermano, acaso muerto.

Conté en la servidumbre algunos años,  
diez y nueve serían a lo menos  
cuando vine a servir en tu morada.

ANDREA. (Levantándose.)

Y en el espacio de tan largo tiempo,  
más tres años que vives con nosotros,  
¿no conseguiste disipar tu empeño  
de buscar al autor de tus desdichas?  
¡Eres cristiano!

ASAIL. (Bruscamente.) Por mandato expreso  
del rey de vuestra raza.

ANDREA. (Aparte) (Desdichado.)

(Alto.) A nuestro amparo fraternal viviendo  
y sin más sujeción que la que impone  
el honrado trabajo del pechero,  
pasas los días en mortal tristeza,  
con sombrío ademán, con torvo ceño,  
sin que el cariñoso que do quier te cerca  
logre borrar tan pertinaz recuerdo.

ASAIL. (Con ímpetu.) ¡Borrar esas memorias! ¡Más valdría  
que pidierais al sol matar su fuego,  
a los mares mostrarle sus arcanos  
o contar sus estrellas a los cielos!!

(Saca el puñal enseñando a Andrea su empuñadura.)

Mira este pomo, ¿ves?

ANDREA. (Lo toma observándolo.) Borrosa cifra.

ASAIL. (Sigue con la acción marcando lo que enumera.)

Vago contorno de blasón añejo

un lema, más borroso todavía,

y una doble corona, ¿ves?...

ANDREA. (Observándolo con atención.) Lo veo.

ASAIL. Ésas, que apenas son visibles armas

cual sola prueba del delito tengo:

mientras el alma aliente y yo las vea

con ciega saña seguiré en mi empeño.

¡Venganza! Esta palabra, que estremece

a quien nunca la oyó por largo tiempo,  
es para mí de armónico sonido  
el presente mejor.

ANDREA. (Devolviéndole el puñal.) ¿Con este sello  
piensas hallar un día al asesino?

ASAIL. Descubrirle no ha mucho me ofrecieron  
exigiendo de mi...

ANDREA. (Con viveza.) ¿Qué es lo que exigen?

ASAIL. (Confuso.) Riquezas.

ANDREA. (Tranquilizándose.) ¡Ah!

ASAIL. (Confuso pero vivamente.) Ya ves que no las tengo.

ANDREA. Que a Sorolla le esperes vigilante.

(Aparte) (Muy difícil será buscar remedio.)

(Alto y antes de salir por la derecha.)

Y no olvides jamás que la venganza

es víbora que muerde en nuestro pecho. (Se va.)

## ESCENA V

**ASAIL, solo**

¡Y la habré de entregar! ¡Sí! ¿Qué me importa

sí a la raza enemiga que aborrezco

pertenece? ¿Y qué puedo reprocharme

por entregarla a quien la adora ciego?

¿Su deshonra? Mi madre más valía,

y murió deshonrada. Vamos presto.

¿Vacilaré con mujeril flaqueza

cuando sé que me espera como premio

el nombre aborrecido del infame

que este puñal dejome cual recuerdo,

cuando está Cavanillas pronto a darme

noticia exacta del fatal secreto?

(Abriendo el balcón.)

La noche oscura, el sitio solitario,

sólo se oye vibrar agudo el cierzo.

(Pausa. Se acerca á la puerta derecha escuchando.)

Y Andrea... su aposento está lejano:

(Pausa. Se acerca al balcón y silba un poco.)

Hagamos la señal y a esperar luego.



(Pausa. Echan una escala de la parte de afuera del balcón.

Asail dentro de la escena.)

Una escala; impacientes vigilaban.

## ESCENA VI

**ASAIL y D. LUIS DE CAVANILLAS**

LUIS. (Saltando por la barandilla del balcón.)

Gracias al diablo que logré mi empeño.

(A Asail.) ¿Y Sorolla?

ASAIL. Está ausente por gran rato.

LUIS. (Avanzando: le sigue Asail.)

¿Me la entregas al fin?

ASAIL. Sí, te la entrego,  
pero sabes muy bien las condiciones.

LUIS. (Con tono burlón.) Que te diga de quién es aquel sello.

ASAIL. Hijo de estirpe noble, esclarecida,  
gobernador del valenciano reino,  
es fácil que conozcas los emblemas  
de aquellos que disfrutaban privilegios,  
y según me dijiste no hace mucho

al ver éste pensaste conocerlo.

(indicándole el puñal con ligero ademán.)

LUIS. (Aparte y con cinismo.)

(No es mucho, por mi nombre, adivinara  
si de la cifra y el puñal soy dueño.)

ASAIL. (Al oírle murmurar receloso.)

¿Te arrepientes acaso de lo dicho?

LUIS. (Con descaro.) Jamás de mis palabras me arrepiento;

te dije que si a Andrea me entregabas

y si además guardabas el secreto

de este gran desatino, te ofrecía

satisfacción cumplida a tus deseos,

y que antes de morir, conocerías

al que mató a tu madre y a tu pueblo.

(Aparte y con gran cinismo.)

(Antes de morir, sí, que allá en la almena

con un dogal en torno de tu cuello

yo mismo te hablaré de aquella noche.)

ASAIL. (Durante este parte se acerca a escuchar receloso a la puerta de la derecha.)

¿Si después que indefensa te la entrego  
no cumples tu palabra?

LUIS. (Tranquilamente.) Fácilmente  
puedes calmar tan excesivo miedo.

Valencia está agitada e intranquila,  
se ve que hierve en sus entrañas fuego,  
y que sólo una chispa bastaría  
para hacerlo brotar en torno nuestro.

Si ves que el tiempo marcha y yo no cumplo  
como debe cumplir un caballero,  
di a los plebeyos que a luchar se aprestan  
lo que ellos miran cual delito horrendo,  
y diles que yo soy quien le comete  
y mi muerte es segura.

ASAIL. Cierto, cierto,  
pero yo al delatarte me descubro.

LUIS. (Con vacilación.) Por Cristo quo me extraña tu recelo

y me falta paciencia...

ASAIL. (Amenazante.) Con despacio,  
que aún puedo descubrirte.

LUIS. (Secamente.) No seas necio.

¿No me has dicho que piensas sorprenderte  
fingiéndole a Guillen profundo sueño  
y así burlar del todo sus sospechas?  
¿Pues a qué ese temor que yo no tengo?

ASAIL. (Con decisión.) Tienes razón: ni dudo, ni vacilo.  
¿Cumplirás mi demanda?

LUIS. Lo prometo.

ASAIL. Pues bien, atiende, porque yo quisiera  
no presenciar tu robo.

LUIS. (Con enfado.) Vamos presto.

ASAIL. (Uniendo la acción a la palabra y delante de la puerta de la

derecha.)

Sigues aquel estrecho pasadizo;  
hay una puerta al fin; sin desacierto  
la abres y sigues, en la estancia misma  
otra hallarás que indica el aposento  
donde descansa Andrea; con sigilo  
puedes llegar junto a su mismo lecho;  
tiene luz; con las ropas la amordazas,  
la conduces aquí...

LUIS. (Al ver que calla Asail.) Prosigue.

ASAIL. (Después de pensar un instante.) Luego...  
si tienes gente abajo.

LUIS. Tengo gente.

ASAIL. Sujetando la escala puños recios  
pronto podéis hallaros en la calle.

LUIS. ¿Por qué no por la puerta? (Con extrañeza.)

ASAIL. (Vivamente.) No, no quiero  
que haya de mí ni la mayor sospecha,  
y marchar por allí fuera indiscreto.  
Además la calleja es solitaria,  
Di una luz, ni una casa enfrente.

LUIS. (De mala gana.) Bueno.  
Se hará como tú quieras.

ASAIL La muralla,  
que es el peligro que tan solo temo,  
está algo lejos, y además la noche  
también nos favorece.

LUIS. (Con desenvoltura.) Pues a ello.  
Ya sabes dónde tienes que buscarme.

ASAIL. Si, ya lo sé.

LUIS. Además lo que tu dueño  
haga y diga te encargo me lo cuentes,  
pues me importa saber sus pensamientos.

Es un plebeyo audaz muy despejado  
y es prudente no estorbe mucho tiempo.

ASAIL. Conque tú por allí...

LUIS. (Con intención.) Que el diablo quiera  
con sueño pertinaz rendir tu cuerpo.

(Ap. y antes de marchar por la derecha.)

(¡Mia por fin! ¡Un sueño me parece!) (Se va.)



## ESCENA VII

**ASAIL, sólo; luego CAVANILLAS y ANDREA; luego SOROLLA;  
voces del pueblo**

ASAIL. (Escuchando un reloj que da las once.)

Las once ya, no sé por qué recelo  
que pudiera volver. ¡Oh! si supiese  
que yo mismo!... Yo no: desde hace tiempo  
que don Luis Cavanillas me brindaba  
con su poder si su pasión oyendo  
le prestaba el apoyo necesario...

Vino luego a la mente el pensamiento  
de contarle mi historia, vio este pomo,  
«conozco de quien es» exclamó al verlo...

lo demás la venganza me lo dijo:

¡tal vez así lo quiso el mismo cielo!

(Une la acción ala palabra y escucha.)

Apagaré la luz... Rumor de lucha...

Ya se acercan; huyamos, tengo miedo.

LUIS. (Con Andrea en brazos luchando por ahogar sus gritos.)

¡Ira de Dios!

ANDREA. (Con voz sofocada.) ¡Socorro! ¡Protegedme!

LUIS. (Liega al balcón llamando.)

¡Há de mi gente!

VOZ. (Fuera.) ¡Aquí!

LUIS. (Bajo y vivo.) (La escala presto.)

VOZ. (Dentro lejana.)

¡Alerta!

OTRA VOZ. (Más lejana.) ¡Alerta!

LUIS. (Con ira y saltando la baranda.) ¡Maldición!

ANDREA. (Con voz muy ahogada.) ¡Socorro!

(Se oyen golpes hacia la izquierda del espectador.)

LUIS. Esos golpes... (Bajando ya.)

SOROLI.A. (Dentro.) Abrid.

LUIS. (Desapareciendo con Andrea.) Nos sobra tiempo.

ANDREA. (Dentro y lejos.)

¡Favor!

VOZ. (Lejana.) ¡Alerta!

SOROLLA. (Dentro y recio.) ¡Andrea! ¡Pronto, abridme!

ASAIL. (Dentro.) Allá Voy!

SOROLLA. (Vivo y recio.) ¡Asail, abre!

ASAIL. (Dentro.) No acierto.

SOROLLA. (Entra en la escena precipitadamente, parándose de pronto al hallarse a oscuras.)

¡Por fin! ¡Andrea! Sombra maldecida!

(Gritando.) ¡Pronto, Asail, aquí, luz que no veo!

(Entra Asail con una luz, quedando cerca de la puerta por donde entró, izquierda.)

SOROLLA. (Se dirige precipitadamente al balcón.)

¡Una escala! ¿Y Andrea? ¡Miserable!

(Le coge una mano a Asail sacudiéndole con fuerza.)

¡Y Andrea!

ASAIL. (Turbado pero con energía.) ¡Yo que sé!

(Aparte) (De espanto tiemblo.)

(Sorolla se va vivamente por la derecha.)

Un minuto no más y nos descubre.

(Deja la lámpara sobre la mesa y se asoma al balcón un breve instante.)

Ya están en salvo, sí.

SOROLLA. (Dentro y con desesperación.) ¡Destino horrendo!

¡Me la han robado! ¡Andrea de mi vida!

(Entra en escena.)

Yo te sabré encontrar. ¡Justicia, pueblo!

(Se va precipitadamente por la izquierda sin hacer caso de Asail, que queda en medio de la escena con expresión de terror.

Cae el telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Salón gótico: a la derecha del espectador dos puertas con tapices; a la izquierda otras dos; en el fondo, a la izquierda, un balcón; a la derecha una puerta secreta con llave, puerta que ha de estar practicable; muebles de la época, pero escasos: mesa y sitial a la izquierda bien cerca de la primera puerta; recado de escribir y una caja con sellos sobre la mesa. Al empezar el acto comienza la noche. Lámpara encendida sobre la mesa. Un trofeo cerca de la puerta secreta.

### ESCENA PRIMERA

**PAJE y SOLDADO aventurero**

PAJE. ¿Te has enterado?

SOLDADO. Sí, muy bien; ni un punto se me olvidó tu encargo; al primer toque de la queda, las puertas del palacio cerradas han de estar, y algunos hombres con santo y seña quedarán dispuestos para cumplir de tu señor las órdenes: la consigna es, que á nadie se permita ni el entrar ni el salir.

PAJE. Muy bien.

SOLDADO. Entonces.

(Disponiéndose amarchar.)

De aquí hasta que comience nuestra guardia  
me voy, porque se acerca ya la noche  
y tengo que entenderme con los bravos  
que me habrán de seguir.

PAJE. No les informes

de quien los toma a su servicio, ¿entiendes?

Que no lo sepan.

SOLDADO. ¡Bah! Ya me conocen

y no preguntan nunca quién los manda  
con tal de que les paguen a priori.

PAJE. Pues la bolsa la llevas bien repleta.

SOLDADO. (Tocándose el bolsillo del jubón.)

Como que apenas cierran sus cordones.

PAJE. Pues anda y vuelve pronto con tu gente,  
que si viniese el amo...

SOLDADO. ¡No te azores:  
aunque está en un extremo este palacio,  
la ciudad no es muy grande: en dos tirones  
la puedo recorrer y al cuarto de hora  
tendrá su guardia el generoso noble.

PAJE. Y me alegro, que solo en esta casa  
por lo menos hará cinco o seis noches,  
tengo afán de gustar un trago añejo  
y perder o ganar unos doblones.

(Viendo que no se va.)

¿Qué detiene al audaz aventurero?

SOLDADO. ¿Llamaré cuando vuelva con mis hombres?

PAJE. (Con viveza.) No hagas tal, que la puerta no la cierro  
en tanto que no dan las oraciones,  
y como está entornada conque empujes  
te bastará, y así no se dan golpes.

SOLDADO. Pues quédate con Dios,

PAJE. Dios te acompañe.

SOLDADO. (Haciendo con los dedos movimiento de dinero.)

¿Tienes mucho?

PAJE. (Con mal modo.) No sé, diablo de hombre.

(El soldado se va por la puerta de la izquierda segundo término.)



## ESCENA II

**PAJE sólo, luego CAVANILLAS**

PAJE. Qué capricho del amo poner guardia,  
y de esta gente. ¡Bah! si los señores  
aveces imaginan unas cosas...

(Se acerca al balcón.)

Y no debe tardar, que al ser de noche  
viene... ¡Pobre mujer! ¡Siempre llorando

(Acercándose a la puerta de la izquierda, primer término, y  
mirando por la cerradura.)

y encerrada! ¡Qué poco se conoce  
que la quiere don Luis! En fin, me paga,  
lo demás que sucede qué me importa,

(Viendo entrar por la segunda puerta izquierda a D. Luis,  
que trae en la mano un rollo de pergamino.)

(Ap.) (Ya está don Luis aquí.)

(Alto.) Que Dios os guarde.

LUIS. ¿Hubo en la casa novedad alguna?

(Le da la capa al Paje que la pone sobre un sitial de la derecha.)

PAJE. Novedad, no señor, pero esta tarde vino Peralta.

LUIS. (Se sienta.) ¿Y qué?

PAJE. Que bien.

LUIS. Ninguna dificultad ha puesto a mi mandato.

(Durante el diálogo D. Luis sentado a la mesa abre el pergamino, saca de la caja el sello y los enseres de sellar, y lo sella dejándolo otra vez arrollado pero sin atar; en seguida guarda cuidadosamente el sello y demás; esto ha de hacerlo el actor de modo que el público se entere bien.)

PAJE. Obedientes tendréis sus escogidos.

LUIS. ¿Cuándo vendrán?

PAJE. Pasando breve rato.

LUIS. Que eviten las disputas y los ruidos y no enciendan la luz de la portada,

porque sabes muy bien que me conviene  
que esta casa parezca inhabitada.

¿Te enteras?

PAJE. Sí señor. (Ap.) (Qué fosco viene.)

(Alto) ¿Qué ordenáis más?

LUIS. Que si Asail llegase  
le hagas entrar al punto, que conozca  
el santo y seña.

PAJE. Bien.

LUIS. Que libre pase  
y que nadie al pasar le reconozca.  
(Saca de la escarcela varias llaves que coloca sobre la mesa.  
El Paje hace un movimiento para marchar, pero se detiene  
ante un ademán de D. Luis.)  
Atiende.

PAJE. (Deteniéndose.) ¿Qué queréis?

LUIS. Que por la puerta  
no he de entrar ni salir en adelante:  
otra mejor conozco y más cubierta  
aunque conduce a sitio más distante,  
y por allí saldré, mas te lo digo  
por si te causa asombro, e indiscreto  
llegas a hablar con otro que contigo.  
Tu cabeza responde del secreto.

PAJE. Yo, señor, no hablaré.

LUIS. (Se levanta y le da un bolsillo.) Vete, y cuidado.  
Para que juegues esta noche, toma.

PAJE. (Toma el bolsillo con viveza.)

¿Y me queréis poner mejor candado?

(Ap.) (Ante esto, lo demás es todo broma.)

(Se va por la segunda puerta de la izquierda.)

### ESCENA III

**D. LUIS y luego ANDREA, en el mismo traje que en el primer acto, pero más desordenado.**

LUIS. (Toma una de las llaves que dejó sobre la mesa, se acerca a la puerta secreta y prueba a cerrarla y abrirla, viendo que se hace sin dificultad deja la llave en la cerradura. La acción unida a la palabra.) Veamos; bien, la llave está corriente, y aunque estrecho, es seguro el pasadizo tener este recurso es conveniente, que no es bueno pecar de olvidadizo en una situación cual la presente. Se adelanta a escena ) Veremos si mi hermosa prisionera más humana á la voz de mis amores quiere cambiar la suerte que la espera y olvidando sus débiles furores la razón y su gusto considera. (Se acerca á la puerta de la izquierda primera y la abre con otra llave que toma de la mesa.) Andrea, ven aquí, tu enojo calma, que no es mi culpa tan fatal infiero ni tienes tú tan vengativa el alma.

ANDREA. ¿Qué nuevo ultraje del infame espero?

LUIS. Ya te pedí perdón; mi amor vehemente  
embriagose al aliento de tu vida:

el hombre apasionado es imprudente.

Si conozco la falta cometida,

¿qué más puedes pedir? Vamos, consiente.

(Intenta cogerla una mano.)

ANDREA. (Retirándose vivamente.)

No me toques, que al roce de tu mano  
siento en mis venas circular el frío  
que sentimos al roce del gusano.

LUIS. Pues bien, ¿atenderás al ruego mío?

ANDREA. Ya te he dicho que no.

LUIS. Valencia gime  
bajo el poder de fratricida guerra;  
entre sangre a tu pueblo se le oprime,  
y la nación más grande de la tierra  
contempla en sus entrañas la discordia  
que desgasta sus fuerzas colosales  
y le roba los lauros de su gloria.  
Tú el remedio serás de tantos males:  
vuelve a tu hogar tranquila y cariñosa,  
demuéstrale a Guillen que arrebatada  
por un hombre del pueblo, valerosa  
conseguiste por fin ser respetada,  
y aquel ser infeliz con noble alarde,  
y arrepentido de su ruin intento ,  
te dejó en libertad...

ANDREA. (Con insultante desdén.) ¡Necio y cobarde!

¡Cómplice yo de semejante cuento!

¡Para hacerme mentir llegaste tarde!

LUIS. Piensa bien que si calmas sus furoros

por la venganza sólo alimentados

cesarán en Valencia esos horrores

de los que él apellida agermanados.

Piensa que al recobrar con sus amores

esa paz venturosa del pechero,

él, que a todos los manda y acaudilla,

de rendición les hablará primero;

y hallándose sin dueño y sin mancilla,

su oficio olvidará de comunero.

ANDREA. (Con violenta entonación.)

La primera palabra, el primer grito

que lance al contemplarle ante mis ojos

será decirle: *«nuestro hogar maldito*

*ya no puede abrigar sino sonrojos*

*y la culpa infamante de un delito;*

*ése fue el miserable que ultrajada*

*a tus brazos me vuelve, y en su miedo*

*quiso hacerme decir que respetada  
ful de su infame amor ¡¡Sorolla!!*

LUIS. (Con temor mirando a todos lados.) Quedo.

ANDREA. (Sigue sin hacerle caso.)

*¡Justicia! a esta mujer tan desgraciada;  
el pueblo, su caudillo te ha nombrado,  
pues bien, dale valor, préstale aliento  
y que contemple el crimen castigado  
y aprenda á conocer tu valimiento.»*

Esto, y no más direle, y sabe, impío,  
que pudiera mentirle y con engaño  
lograr al fin la libertad que ansío,  
pero tengo tan libre mi albedrío  
que no quiero mentir, ni aún por tu daño!!

LUIS. (Con reposado acento.)

¿Y si su vida en mi poder tuviera?

ANDREA. (¡Oh Virgen santa!) (Ap. y con terror.)



LUIS. (Ap.) (Su impresión la vende.)

ANDREA. (Vacilante. Alto.)

Si fuese tal desdicha verdadera...

(Ap. y vivo.) (Si no lo es y mi terror comprende

Guillen peligra...)

LUIS. Y bien.

ANDREA. (Con resolución.) ¡Ni aunque así fuera!

LUIS. Ya cederá tan loco desvarío  
en la estrecha prisión que te preparo,  
y si persistes en tu necio brío,  
sin miramientos, sin ningún reparo,  
esclava te verás, del amor ralo.

ANDREA. (Se pone delante de D. Luis con rápido movimiento y provocándole con la mirada.)

Tus instintos groseros y livianos,  
nido inmundo de antojos materiales,  
¿no arrastran la pasión por los eriales  
de un desierto de huesos y gusanos?

Esta carne de mórbida blancura,  
estos cabellos como el fuego rojos,  
esta forma, estos labios, estos ojos.  
¿no los consume al fin la sepultura?  
¿Pues cómo, di, tu bárbaro egoísmo  
mi voluntad a tu placer rindiera?  
¡El que vive en el fondo de un abismo  
nunca pudo medir la azul esfera!

LUIS. Más que mujer, pareces el ensueño  
que engendran los terrores del demente.  
Reflexiona, infeliz, que soy tu dueño  
y que me canso ya de ser clemente;  
no vayas a lograr por necio empeño  
y alarde mujeril que te atormente.  
¿Es tanto el odio que logré causarte  
que no puedas al menos dominarte?

ANDREA. (Con vehemencia.)  
¡Que si te odio!, ¡ay! Si ver pudieras  
bajo el rey de los altos luminaires  
la extensión de la tierra y de los mares,

y ambas inmensidades reunieras  
y en un punto tan sólo las midieras,  
a su lado, poniendo el odio mío,  
risible su grandeza te sería  
porque es tan grande y tanto, que confío  
que a la tierra y al mar alcanzaría  
quedándose de sobra en el vacío!!

LUIS. (Con ira.) Tiembla, infeliz, y escucha lo postrero  
que mi indulgencia sin igual te dice:  
muy presto ese soberbio comunero  
puesto a precio va a ser.

ANDREA. (Ap.) (¡Ay infelice!)

LUIS. Y aunque cuenta con gente decidida,  
el oro, es la palanca que remueve  
las pasiones más grandes de la vida,  
y hambrienta ruge en derredor la plebe:  
ya ves que su cabeza está perdida.

ANDREA. (Ap. y con ademán de terror.)

(¡Oh! Dios mío, qué horror!

LUIS. (Conociendo el terror de Andrea.) Piensa despacio  
que la noche es prudente consejera,  
y aquí en la soledad de este palacio  
tu soledad futura considera;  
y porque más silencio y más reposo  
puedan causarte decisión más tierna  
hacia la suerte de tu pobre esposo,  
sígueme a otra prisión aún más interna  
que templará tu espíritu animoso,  
o la verás cual la morada eterna  
donde tu cuerpo inútil y cansado  
quedará de este mundo separado.

ANDREA. (Con tono suplicante.)

¡Oh su vida! ¡no! ¡no! ¡Dame su vida!

(D. Luis hace un movimiento para acercarse a Andrea: ésta le  
rechaza, pasando de la súplica a la indignación más vehemente .)

¡Cobarde corazón! ¡alma menguada!

que estás por el dolor estremecida!

Si no es posible, ¡no!, que exista nada

igual que el encontrarse envilecida  
ante la clara luz de su mirada!...

(A don Luis con energía.)

Vamos á esa prisión, pronto.

LUIS. (Toma otra llave y la lámpara.) Enseguida.

ANDREA Sí; que el horror que me conmueve el alma  
tu lo dijiste bien, pide gran calma.

Pero antes, de mis labios, por mi boca  
escucha la sentencia de los cielos  
y tiemble al fin tu corazón de roca  
como tiemblan rompiéndose los hielos  
cuando alguna centella les provoca.

Crimen sin nombre, bárbaro, inhumano  
levantó de mi pueblo los clamores,  
y hoy su poder inmenso y soberano  
hace temblar de espanto á los señores.

Viértase nuestra sangre por tu mano;  
provoca nuevamente sus furores,  
y se hundirá tu raza envilecida  
de Dios y de los hombres maldecida.

LUIS. (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha,  
primer término.)

Sígueme, que me falta la paciencia.

ANDREA. Vamos, infame ser que en mi camino  
alzaste tu fatídica existencia.

LUIS. (Indicándole la puerta.)

Medita sin descanso en tu destino.

(Salen quedando la escena a oscuras: pausa.)

## ESCENA IV

**PAJE con una lámpara encendida, y ASAIL, por la puerta izquierda segundo término; luego SOROLLA envuelto en una capa; después D. LUIS.**

PAJE. Entra: Don Luis dejome prevenido  
que a su presencia al punto te llevara.

ASAIL. (Mirando a todos lados. Se oye el toque de oraciones.)  
Aquí no está.

PAJE. (Señalando a la segunda puerta de la derecha.)  
Aquel es su aposento,  
sígueme.

ASAIL. (Vacilando.) ¿Y no has cerrado la portada?

PAJE. Comienzan a tocar las oraciones  
y no deben tardar los de la guardia:  
no la cerré por eso, mas descuida  
que no hay ninguna luz y está entornada.

(Se van por derecha segunda puerta. Entra Sorolla, que se su-

pone les venía siguiendo. Oye las últimas frases del Paje.)

SOROLLA. No hay más luz que esa luz que va alumbrando  
el abismo que forma mi desgracia.

Asail, Asail!... seguí tu paso,  
y aunque bien cauteloso lo llevabas  
no hay cautela que burle los temores  
del que guarda el dolor en sus entrañas!...

(Va a seguirlos y se detiene al ver a D. Luis, cerrando la  
puerta por donde sale. Viene sin luz.)

LUIS. (Mientras está cerrando la puerta.)

¿Si no cediera? ¡Bah! Con su hermosura  
pagará los disgustos que me causa.

PAJE. (Entrando con la lámpara encendida. Sorolla se oculta detrás  
del trofeo. Refiriéndose á D. Luis.)

Allí está.

LUIS. (Volviéndose.) ¿Quién se acerca?

SOROLLA. (Ap. al reconocer a D. Luis.) (¡Cielo santo!)



PAJE. Asail. (Contestando a D. Luis.)

LUIS. (Al Paje.) Déjanos.

(Se va el Paje dejando la lámpara sobre la mesa, por la izquierda segundo término.)

ASAIL. (Adelantándose a escena.) Allá en tu estancia entramos a buscarte.

LUIS. (Se sienta y Sorolla sale de detrás del trofeo, ocultándose detrás de un tapiz de la puerta.)

Había salido

pues aquel aposento donde estaba

me pareció inseguro por cercano

a donde tiene que habitar la guardia;

la llevé al torreón.

ASAIL. ¡Triste recinto!

LUIS. Y ¿qué noticias traes?

ASAIL. Noticias malas:

Guillen de mi recela.

LUIS. Mis temores

al fin se confirmaron; te empeñabas

en que tu astucia sólo bastaría...

ASAIL. Pienso que fácilmente te acobardas:

si él receloso está, yo prevenido.

LUIS. No es un temor pueril el que me espanta.

Valencia está en extremo conmovida,

un grito sedicioso, una palabra

levantan un motín en breves horas,

motín que siempre con la lucha acaba.

Si Sorolla descubre el paradero

de esa mujer que con delirio amaba;

si sabe que yo soy quien la ha robado,

esas legiones que a su antojo manda

se lanzarán a bárbaros desmanes

bajo el grito feroz de su venganza.

ASAIL. (Después de una ligera pausa, con tono de relato.)

Ruge el león de Nubia prisionero  
con rudo esfuerzo de su hercúlea garra;  
logra porfíe reconquistar un día  
la hermosa libertad que ambicionaba:  
ancho el espacio tiene ante su vista,  
sacude la melena ensortijada,  
y aspira el aire cálido que enciende  
en su pecho recuerdos de la patria:  
acude el domador a sus rugidos,  
al contemplarle libre se acobarda  
y acaso piensa con inútil miedo  
que no forjó con precaución la jaula;  
En tanto, aquel león de carne hambriento  
ve una inocente víctima que pasa,  
azota los ijares con su cola,  
sordo rugido de su pecho arranca,  
pliega sus cortos remos bajo el vientre  
y con impulso poderoso salta;  
olvidando la antigua servidumbre  
la carne palpitante despedaza,  
lame su hocico, rojo con la sangre,

le que no ha devorado, lo desgarrá,  
extiende la cabeza entre sus manos,  
se enturbia lentamente su mirada,  
duermese al fin y... bajo el torpe sueño  
no siente que lo encierran en su jaula.

LUIS. ¿Qué me quieres decir con ese cuento?

ASAIL. La imbécil muchedumbre que te espanta  
compárala con el león de Nubia:  
fiera brava que ruge y despedaza:  
hartándola de sangre un solo día,  
lo menos por un siglo vive esclava.

LUIS. (Levantándose.) Por Cristo que se explica el africano  
meditando despacio en tus palabras  
puede igualarse con el cuento tuyo  
toda la historia de la raza humana.  
Tienes razón: si rugen, con hartarlos  
la cadena otra vez se les prepara.

ASAIL. (Ap.) (Miserable, no piensa que el primero

servirá en el festín en la matanza.)

Mi palabra cumplida está: ¿y la tuya?

LUIS. ¿Desconfías tal vez de mi palabra?

ASAIL. No, pero...

LUIS. (Interrumpiéndolo.) Si ya sé; no tengas prisa:  
espera solamente hasta mañana.

(D. Luis envuelve el pergamino en otro y lo sujeta con una  
cinta.)

ASAIL. (Ap.) ¡Ay infeliz si piensas engañarme!

Sólo por interés seguí tu causa.)

(Alto.) ¿Y mañana?

LUIS. Mañana al ser de día

las condiciones están preparadas

se harán saber al pueblo en cien pregones;

(Refiriéndose al pergamino.)

y si el altivo jefe que le manda

en firmarlas consiente y en un día

determinado ya rinden las armas,

veremos de cumplir con tu deseo,  
lo importante es primero... (Ap.) (Su venganza  
le hace servirme bien: mientras espera  
vale mucho.)

ASAIL. ¿Y en tanto qué me mandas?

LUIS. Que a Sorolla vigiles, que me digas  
lo que hace, lo que piensa, lo que habla.

## ESCENA V

**D.LUIS, ASAIL y SOROLLA.**

SOROLLA. (Adelantándose en medio de los dos; movimiento de retroceso de ambos al par que se acerca Guillen.)

¡Juntos los dos!

LUIS y ASAIL. ¡Guillen!

SOROLLA. ¡Grande sería  
si al sujetaros bajo el mismo yugo  
le pudiera entregar sólo en un día  
vuestras ruines cabezas al verdugo.

LUIS. ¿Cómo hasta aquí trajiste tu osadía?

SOROLLA. Como a la suerte caprichosa plugo.

LUIS. Pues dependa tu vida de la suerte.

(A Asail.) Vete, Asail.

ASAIL. (Ap.) (Segura es ya su muerte.)

SOROLLA. (Deteniendo con el ademán a Asail.)

Quieto aquí, miserable fratricida,  
Judas traidor de quien llamaste hermano,  
oye lo que mi lengua enfurecida  
te va a decir, infiel.

ASAIL. ¡Que soy cristiano!

SOROLLA. ¿Cristiano, y de tu raza! ¡Por mi vida!  
¿Lo fue jamás el que nació pagano?

LUIS. ¡Por Cristo! que es verdad!

SOROLLA. (A D. Luis ) Calla, insolente,  
que tampoco los hay entre tu gente.

LUIS. Sorolla, mi paciencia no provoques  
porque al cadalso quitaré su presa.

SOROLLA. ¡Que al par de los verdugos te coloques  
es acción que no causa mi sorpresa,  
porque a no ser que tu blasón revoques  
no tienes tú y los tuyos más empresa.



¡Verdugos de las razas desvalidas,  
de la razón, del pueblo y de las vida?.

LUIS. (Con ira a Asail.) Vete, Asail, de aquí.

SOROLLA. (Con imperioso ademán obliga a Asail a quedarse.)

¿Temes acaso  
que este plebeyo, mísero ignorante,  
de aquestas frases relatando el caso  
armas terribles contra ti levante?  
No temas, no, que su valor escaso  
vuestras legiones bárbaras espante,  
que la plebe cobarde ruge airada  
tan sólo cuando vive encadenada!

ASAIL. Pues teñida de sangre está Valencia.

SOROLLA . Teñida con la sangre de los bravos,  
de aquellos que dedican su existencia  
a libertar a míseros esclavos  
de los que tienen honra, inteligencia.  
(Con creciente entusiasmo.)

De esos pechos rendidos de trabajos  
es la sangre que brota y se derrama,  
¡no de tu raza vil cuyos andrajos  
jamás esconden del honor la llama!  
¡no de tu raza, que buscando atajos  
para saciar el hambre que la inflama,  
hunde el puñal traidor en nuestros pechos  
sin ver que conquistamos sus derechos!

ASAIL. Extenso panorama de ventura.

LUIS. (Ap.) (No en balde pregonaron su elocuencia.)

(Alto.) Pero que mucho oí se me figura  
según tengo de escasa la paciencia.

SOROLLA. ¿Dónde tienes a Andrea?

LUIS. Pues lo sabes,  
sabe también el odio que me anima  
y de tu ciego arrojo no te alabes  
porque ya tu sentencia se aproxima.

SOROLLA. Responde a mis preguntas y no agraves  
una lucha que tanto me lastima.

¿Dónde está esa infeliz, dónde está Andrea?  
que yo la pueda oír, que yo la vea.

LUIS. (Con tono satírico e insultante.)

Débil te vuelves recordando amores.

¿Desde cuándo los héroes comuneros,  
esos que viven castigando errores  
no saben dominarse los primeros?

En su afán de imitar a los señores,  
¿por qué no son tan bravos como fieros?

¿Viste algún hijo de la estirpe mía  
dar esa prueba ruin de cobardía?

SOROLLA. (Con insultante desprecio.)

No por cierto; jamás, ¡cómo pudiera  
un hijo de esa raza afortunada  
derramar una lágrima siquiera  
ante el recuerdo de mujer amada.

(Transición del desprecio a la indignación.)

¡Si tenéis las entrañas de la fiera

y el alma por el vicio emponzoñada!

¡¡Cómo habéis de sentir lo que sentimos

ni vivir con la vida que vivimos!!

LUIS. \*¡Sorolla!

SOROLLA. \*(Con creciente entonación que aumentará hasta el fin de las

octavas.)

Sin amor vuestras mujeres

se venden como esposas por el oro

y arrastran vuestro nombre entre placeres

que rompen en jirones su decoro;

halagadas de bárbaros poderes

les venden su virtud por su tesoro

dando ser a unos hijos sin conciencia,

sin corazón, sin fe ni inteligencia,

incapaces de amor ni de ternura,

monstruos de monstruos viles engendrados

con las formas, no más, de criatura

y brutales instintos depravados,

hijos malditos de la unión impura

a los crímenes todos preparados,

cuyo peso liviano y pervertido  
mancha la tierra donde habéis nacido.

LUIS. (Con ira reconcentrada pero sin amenaza, pues este personaje  
ha de dar muestra de cobardía )  
¡Ira de Dios! si el alma no tuviera  
templada por el bárbaro lenguaje  
que siempre usó el plebeyo, me creyera  
sin fuerzas, sin arrojo o sin coraje.

ASAIL. (Ap. a D. Luis viendo que éste va a llamar.)  
(No te dejes llevar de tus furores.)

LUIS. Dices bien, Asail, porque su gente...

ASAIL. Aborrece de muerte a los señores...

LUIS. (Y es mucha y le idolatra y es valiente.)  
(Alto a Sorolla.)

Mas que al enojo, a la clemencia quiero  
encomendar tu inusitado brío.

SOROLLA. A tu clemencia tu rigor prefiero,  
que del amor del tigre no me fío.

LUIS. Aunque enemigos siempre, yo el primero  
voy a templar el loco desvarío  
que abrigamos los dos, mi culpa es mucha.

SOROLLA. (Con vehemencia.)

Mi desgracia mayor.

LUIS. No tal, escucha.

Aunque niegas al noble el sentimiento  
también sentimos el amor profundo.

SOROLLA. Amor que mancha con su impuro aliento  
la amargura sembrando sobre el mundo.

LUIS. Pero amor que domina al pensamiento  
con fin sublime o con antojo inmundo,  
que no por ser el manantial amargo  
lleva menos caudal o es menos largo.

(En tono de relato.)

Andrea como el sol en mi camino  
apareció radiante de hermosura,  
y sin pensar que fuera un desatino  
creyéndola doncella, su destino  
quise cambiar llevándola a una altura

SOROLLA. Por lo menos de franco galardonas.

LUIS. Y con franqueza igual a mi relato  
te digo que ese amor de que blasonas  
ni débil fue ni se cambió en ingrato.

ASAIL.(Ap.) (Con grande astucia pienso que razones.)

SOROLLA. Mentira es todo lo que habló tu boca.

LUIS. Tu extraña duda con asombro miro  
y a tu mujer esclarecerla toca. (Llama a Asail.)  
Escúchame, Asail.

SOROLLA. (Ap.) (¡Tal vez deliro!)

LUIS. (Ap. a Asail.) (¿Comprendiste mi plan?)

ASAIL. Nací africano.

LUIS. Si una palabra, un gesto, una mirada

le indica a este plebeyo valenciano

que mi pasión la contemplé lograda,

su sentencia de muerte está firmada.)

(Indicando con el ademán a Sorolla.)

(Durante este aparte D. Luis le dará a Asail la llave del aposento donde encerró a Andrea, simulando que le explica donde está: Asail se va después de abrir la puerta por donde se fue Andrea.)



## ESCENA VI

**SOROLLA y D.LUIS.**

SOROLLA. Nueva traición en derredor preveo.

LUIS. Tu razón exaltada se extravía,  
y acaso dominándote el deseo  
piensas ver la traición en la hidalguía.

SOROLLA. (Después de una pausa, con decisión.)

Si aunque liviano al menos en tu abono

(Refiriéndose a Andrea.)

con sus palabras tus acciones prueba,  
quede en la sombra mi pasado encono  
y otro favor á tu favor le deba.

(Con altivez.) Quo ni de necio ni de ruin blasono,

ni la venganza estúpida me lleva  
siendo el que muestra tan funesto alarde  
el que ansiando luchar se ve cobarde.

LUIS. Tu compromiso acepto.

## ESCENA VII

**SOROLLA, D.LUIS, ANDREA, ASAIL.**

ASAIL. (Ap. a Andrea entrando los dos en escena.)

(Que su vida

depende nada más de una mirada.)

SOROLLA. (al ver a Andrea.) Andrea, ven, que el alma dolorida  
vuelva á la luz de que se halló privada.

(La actitud de los personajes (y entiéndase que no ha de ser  
otra) es como sigue. A la derecha del espectador, el primero  
Asail con la mano sobre el puñal: a su lado y de espaldas a él,  
Sorolla; en seguida Andrea, volviendo la espalda a Cavanillas,  
el que está al lado de la mesa delante del sitial y a bastante  
distancia de Andrea: cuídese bien que esta actitud se conser-  
ve hasta nueva indicación pues depende de ello el efecto es-  
cénico de la situación.)

ANDREA. ¡Mi señor! (confusa A Sorolla)

SOROLLA. (Con sorpresa dolorosa.) Tu Señor! tautO Se Olvida  
que no recuerdas lo que fuiste amada.

(Mirando a D. Luis con encono.)

¿Será cierto, infelice, que mi dicha  
trocada miro en bárbara desdicha?

(Movimiento de amenaza en Asail, que le ve Andrea, pero  
Sorolla no.)

ANDREA.(Al ver amenazado a Sorolla, con vehemencia.)

¡Oh cielos! no; por Dios, Guillen, no creas  
que el corazón envilecido late:  
del pensamiento aleja esas ideas  
y al alma tuya la pasión dilate.

SOROLLA. (Con pasión ) No dudo, Andrea, no, tu amor vehemente  
su proceder inesperado muestra,  
quien ama como tú por nada miente,  
aún es posible la ventura nuestra;  
(Dirigiéndose a D. Luis.)  
don Luis, olvida lo que hablé imprudente.

LUIS. (Sin mirarlo y tomando el rollo de pergamino.)

Olvidaré cuando tu propia diestra  
firme estas condiciones, garantía

de sumisión que da la Germanía.

ANDREA. (¿Qué dice el miserable?) (Ap. con ira.)

SOROLLA. (Con altivez.) Con mesura,  
que si el honor ileso me ofreciste  
así lo he de guardar se me figura.

LUIS. Hay albricias mejor de tu ventura  
que esa palabra en que la paz consiste.

(Muestra el pergamino arrollado.)

(Esta esCena y lo que le sigue hasta el fin ha de estar perfectamente ensayado, pues la situación difícil y violenta de todos los personajes y los diferentes móviles que los animan, tienen que ser bien expresados para que el público participa de la situación.)

ANDREA. (Con vehemencia a Sorolla.)

¡No lo firmes!

LUIS. (Amenazante.) ¡Andrea!

SOROLLA. (Con mesura.) ¡Cavanillas,  
si ese papel honrosas condiciones  
nos ofrece, sin odio ni rencillas  
lo firmarán los bravos campeones  
agermanados.

ANDREA. (Ap.) (¡Ay!)

LUIS. Los acaudillas,  
y usando ese poder de que dispones  
puedes firmar sin mengua, pues infiero  
tu decisión se atenderá primero.

SOROLLA (Con altivez.) \*Mi decisión en poco se tuviera,  
y aunque lograrse tanto mi fortuna  
por nada ni por nadie la impusiera,  
que si es la causa para todos una,  
llamándose esa causa justiciera  
mi decisión mirase inoportuna,  
(Marque bien el actor estas frases.)  
que la justicia, para el hombre justo  
no fue tan sólo conseguir su gusto.

LUIS. Pues fírmalo por ti que agradecido  
si blasonas de honrado y caballero  
a la primera condición que pido  
no es bien que me contestes altanero.

(Ap.) \*(Si consigo que firme, en su partido  
destruyo la influencia del pechero,  
y es más fácil vencer la germanía.)

SOROLLA . La causa de mi pueblo es también mía.

LUIS. (Con enojo). En fin, te niegas...

SOROLLA. Si a firmar me niego  
como a escucharte mi deber me obliga,  
veré si hay modo de cumplir tu ruego.

ANDREA. (Con desesperación.)  
(¿Por qué á callar el cielo me castiga!)

SOROLLA. (Adelantando dos pasos hacia Cavanillas.)  
Dame, a los míos llevaré ese pliego

y tal vez mucho mi poder consiga.

LUIS. (Con cínica galantería.)

Que te lo dé la mano de tu Andrea.

ANDREA. (Lo toma como decidida a no dárselo a Guillen si las condiciones son deshonrosas, y le abre con violencia.)

¡Y yo seré quien la demanda lea!

(Pausa. Movimiento de sorpresa de Andrea que observa el pergamino con atención; los demás personajes en expectativa.)

¡Este sello! ¡Qué veo! ¡El asesino  
de la africana!

(Mirando a D. Luis y luego a Asail.)

SOROLLA. (A Andrea ) Lee.

ANDREA. (Alto y con vehemencia.) Dios soberano,  
que los fines gobiernas del destino,  
por fin admiro tu potente mano.

(Movimiento de sorpresa en todos.)

LUIS. Pero Andrea...

ANDREA. Don Luis, ¡sois un villano!

SOROLLA ¡Dios del cielo, qué dice! (Con espanto.)

LUIS. (A Asail.) Vamos, hiera.

ANDREA. (Se interpone rápidamente entre Asail y Sorolla, dando el pergamino abierto a Asail.)

La sangre de su madre, derramada  
por la cobarde mano, no lo quiere.

LUIS. (Cayendo en el sitio con muestras de espanto.)

¡Mi sello!

ANDREA. (A Sorolla.) ¡Aquí me tienes deshonrada!

ASAIL. (Comprueba rápidamente el sello del pergamino con el pu-  
ñal.)

Por fin!...

SOROLLA. Su sangre necesito...



ANDREA y SOROLLA. ¡¡Ah!!...

ASAIL. ¡Muere!

(En el verso que precede la acción es la siguiente: Asail al decir *Por fin*, avanza el puñal hacia D. Luis, este vuelve la cara con horror al verlo; Sorolla, que también se había abalanzado hacia D. Luis, al ver que Asail lo va a matar indefenso, recobra su serenidad uniendo su exclamación ¡Ah! a la de Andrea, pero ambos la dicen con diferente entonación; cuando Asail va a herir a D. Luis se abalanza impetuosamente hacia él y le arranca el puñal que arroja por detrás del sitio donde sigue anonadado D. Luis, uniendo la acción al verso siguiente.)

SOROLLA Atrás, que la justicia atropellada  
pide que caiga su cabeza altiva  
sin que la hiera un arma vengativa.

(Movimiento de estupor en todos menos en Cavanillas que sigue anonadado en el sitio.)

ASAIL. (Retirándose al segundo término con asombro.)

¡Tú le salvas!

ANDREA. ¡Quién mide su grandeza!

LUIS. (Recobrándose.) ¡La muerte sin remedio me amenaza!

SOROLLA. (Adelantándose hacia D. Luis, queda en medio de la escena,

siendo la actitud de los personajes la siguiente: Asail en segundo término a la derecha, Andrea después, y Sorolla en medio; Cavanillas en el sitio.)

Ser cobarde faltaba a tu vileza,  
el torpe miedo y la zozobra aplaza  
y atiende bien; el pueblo descontento  
tu sangre noble derramar ansia:  
hoy mismo convocada por mi acento  
se alzarán en tribunal la germanía,  
y con tu vida infame en ruín tormento  
cuenta darías de tanta alevosía,  
que siendo una vileza asesinarte  
nos cumple como a jueces sentenciarte.

LUIS. (Con reconcentrado acento.)

Y esa mujer sin protección alguna  
será el mejor adorno en mi morada,  
la presea mejor de mi fortuna,  
que por desdicha o suerte deshonrada  
perdida para ti, por mí ganada.

SOROLI.A. (Levantando con la mano la frente de Andrea.)

¡Alza esa frente donde el sol se mira;  
tu mano débil en mi diestra posa;  
contéstale a ese infame que delira,  
que honrada es siempre quien se ve mi esposa.

LUIS. (Ap.) (El pecho siento rebotando en ira.)

ANDREA (A Sorolla.) ¡Siempre se ve tu alma generosa!

ASAIL (Coge el puñal y el pergamino sin que le vean diciendo ap.)

(Trayendo al populacho a este recinto  
veré mi brazo de su sangre tinto.)

(Se va cautelosamente por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA VIII

**SOROLLA, D.LUIS, ANDREA, luego PAJE.**

LUIS. (Levantándose al ver que Asail no está.)

TÚ y ella en mi poder seréis la prenda

que responda del pueblo valenciano.

ANDREA. Cuida da que su enojo no se encienda

con proceder tan bárbaro y villano.

LUIS. Su sangre hará que su deslíz comprenda

SOROLLA. (Con vehemencia.)

Cuando se vierte a impulsos de un tirano,

al mirarla correr de cada gota

un defensor de sus derechos brota.

(Con creciente entonación.)

Brillante luz de un sol que sobre el cielo

han de mirar los siglos del mañana,

tal es la aurora que rompiendo el hielo

alumbra ya nuestra conciencia humana:

no penséis detener su raudo vuelo,

que cual hundi6 la sociedad pagana  
hundir6 en las tinieblas del ocaso  
la ley bastarda que la estorba el paso.  
*Justicia y libertad* los pueblos gritan  
las ensefias del G6lgota levantan,  
los poderes informes debilitan,  
6 los que sienten el temor espantan;  
y grandes con su fe se precipitan  
y al paso de los siglos se adelantan,  
coron6ndose reyes en la historia  
con el lauro inmortal de la victoria.

LUIS. Seres ilusos que cruz6is la vida  
mecidos por est6pida esperanza,  
y cuya inteligencia adormecida  
confunde la justicia y la venganza;  
vuestra cabeza al fin rueda podrida  
y al desprenderse de ferrada lanza  
da libertad, tan solo a los gusanos  
que la dej6 la muerte por hermanos.

ANDREA. (Acerc6ndose al balc6n.)

Escuchar un rumor me ha parecido.

SOROLLA. (Abriendo el balcón y se asoma.)

El pueblo se aproxima amotinado.

ANDREA. Sin duda es Asail quien le ha traído.

LUIS. (A SOROLLA.) Tú, como buen traidor, le habrás llamado.

SOROLLA. ¿Yo traidor?, ¡miserable!

LUIS. (Pasa a la derecha, llamando.) ¡Hola, mis gentes!

PAJE. ¿Qué ordenáis?

LUIS. Que la guardia preparada  
castigue a los que gritan insolentes.

PAJE. No hay guardia en el palacio, licenciada  
por un mandato vuestro.

ANDREA. (Al oírlo con alegría.) ¡Cielos!

LUIS. (Con ira.)

Mientes:

yo no ordené tal cosa.

PAJE. (Confuso.) Pues há nada  
dijo Asail... y vuestro sello vimos  
y al punto su palabra obedecimos.

LUIS. ¡Ah! ¡el villano!

PAJE. ¿Qué se hace?

LUIS. Retirarte.

(Ap.) (Sin Asail aun salvo mi existencia.)

Una voz. ¡Muera!

ANDREA. (Desde el balcón a D. Luis.)

Tu juez se acerca á castigarte,  
gobernador infame de Valencia.

SOROLLA. (Desde el balcón a D. Luis.)

Ningún poder humano ha de salvarte,  
que el pueblo mata al punto que sentencia.

VOCES. ¡Mueal

(Cavanillas se acerca á la puerta secreta que abre rápidamente;

Sorolla y Andrea siguen en el balcón.)

LUIS. (Antes de salir por la puerta secreta.)

Tigre feroz; no le detengo,

cadalsos y verdugos le prevengo.

(Se va cerrando con fuerza.)



## ESCENA IX

**SOROLLA, ANDREA, luego ASAIL, VICENTE, AGERMANADOS y PUEBLO, algunos con antorchas encendidas y otros con armas diferentes.**

ANDREA. (Desde el balcón.)

Horrorízate al fin y tiembla, infame.

(Entra en escena á punto que se cierra la puerta secreta; llegándose a ella la empuja con fuerza sin conseguir que ceda; la acción unida a la palabra.)

¡Guillen!

SOROLLA. (Entra en escena.) Andrea.

ANDREA. (Desesperación.) ¡Pronto! se ha escapado.

¿Qué diremos al pueblo cuando clame  
por castigar el crimen del malvado!

SOROLLA. (Con mesura y dignidad.)

Que a la gran Germauía le reclame  
y no ceda hasta verle castigado,  
que cuando empuña el cetro de los reyes  
dictar puede justicias y hacer leyes.

VICENTE. (Dentro, recio.)

¿Sorolla, dónde estás?

ASAIL. (Dentro, recio.) Seguid mi paso.

Por aquí...

VICENTE. (Agermanados y pueblo entran en tropel en escena.)

¡Viva el pueblo!

SOROLLA. (A todos.) Compañeros,

no imaginéis que con aliento escaso

y con mengua y baldón de vuestros fueros

por el miedo pueril de algún fracaso

trataba con los nobles de venderos.

(Asail que entró con todos en escena y salió de ella por la

primera puerta de la izquierda, vuelve a escena y por entre

la gente la cruza entrándose por la segunda puerta de la derecha.)

VICENTE. Ya lo sabemos.

ASAIL. (Antes de salir por la derecha ) ¿Dónde se ha escondido?

(Ap. a Sorolla amenazándole.)

(Tiembla, Guillen, si le has favorecido.)

VICENTE. ¿Dónde está ese tirano?

VOCES ¡Muera, muera!

VICENTE. (A todos.) Silencio, que Sorolla le reclama:

haced callar a los que están afuera.

(Se restablece el silencio, ínterin Asail sale de la habitación segunda de la derecha y entra por la primera puerta del mismo bastidor con la precipitación del que busca y no encuentra; fíjese bien el actor en este detalle.)

No lo encuentro, la sangre se me inflama.

SOROLLA. (A todos cogiendo de mano de un agermanado una antorcha )

Levántese el clamor del oprimido,  
ruja del pueblo el turbulento encono  
que yo, que vuestra saña he contenido  
proclamando el perdón, ya no perdono.  
Al peso de los hechos convencido  
lanzaros quiero junto al mismo trono,  
y pues con sangre intentan dominarme  
entre lagos de sangre levantarme!

VICENTE. (Antes de seguir a Sorolla sale seguido de varios.)

¡Viva Sorolla!

TODOS. ¡Viva!

ANDREA. Valencianos,  
respetadle, y siguiendo su camino  
luchad hasta morir, pues sois hermanos,  
y se contempla igual vuestro destino  
¡justicia al pueblo y mueran los tiranos!  
(Se va también por la izquierda.)

TODOS. ¡Mueran! mueran!!! (La escena queda sola. Pausa.)

ASAIL. (Por la primera puerta de la derecha, refiriéndose a Guillen.)  
Libraste al asesino  
y has vendido al cadalso tu cabeza  
que mi venganza con tu gloria empieza!  
(Cae el telón a punto que Asail se va por la izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## *ACTO TERCERO*

### *O*

## *EPÍLOGO*

Han pasado tres años. Advertencia para que los trajes no sean los mismos siempre que el vestuario lo permita.

Sala de un castillo feudal. Telón de fondo, último término, vista del cielo azul, sin nubes, en el que se dibujan los torreones almenados del castillo. Segundo término, galería con tres arcos cayendo frente al espectador, por cuyos arcos se ve el telón de fondo. Desde el arco tercero de la derecha, más grande que los otros, arranca una gran escalera que viene a terminar en la escena casi al primer término; dicha escalera con balaustrada, está dividida en dos cuerpos, el primero, o sea el superior, ha de ser más estrecho que el inferior, y entre ambos cuerpos ha de haber un espacio o descansillo bastante ancho para permitir al actor accionar con libertad; en la galería, a la derecha y al remate de la escalera, pero oblicua al telón de fondo, es decir, cortando la galería en su anchura, una gran puerta practicable; a la izquierda y enfrente de dicha puerta prolongación de la galería.

La estancia del primer término figura un aposento con puerta a la derecha al pie de la escalera; en el bastidor izquierdo ventana con vidrios de colores, y en el fondo debajo de la galería y casi enfrente del espectador, una puerta. "

Mesa y sitial a la izquierda en primer término, un trofeo con banderas y escudos, pero sin armas, delante de la ventana; sitaliales alrededor de la estancia. Al empezar el acto amanece. Sobre la mesa un candelabro encendido.

La decoración ha de tener un carácter severo y grande.

## ESCENA PRIMERA

**PAJES, con dos blandones encendidos; dos HERALDOS, dos JUECES, dos ALGUACILES, ESCUDEROS, un CAPITÁN, SOLDADOS, un VERDUGO con dos AYUDANTES; toda esta comitiva sale por la puerta de la derecha, cruza la escena y se va por la puerta del fondo, menos el Verdugo y sus ayudantes, que suben la escalera saliendo por la puerta de la galería; así que estos últimos desaparecen salen por la puerta del fondo un Capitán y segundo Capitán, viéndose al abrirse la puerta varios soldados.**

CAPITÁN. (En la puerta a los soldados y señalando al interior del foro.)

Allí, dos centinelas.

(Entra en escena seguido del segundo Capitán; la puerta se cierra.)

Cavanlllas

por breve espacio dejará el gobierno  
y a Játtva vendrá pues tiene gusto  
en presenciar la ejecución.

CAP. 2.º Me alegro,  
que si acajo la gente se moviera,  
que él mismo lo presencie siempre es bueno,  
pues a veces nos culpan á nosotros  
de no saber intimidar al pueblo.

CAPITÁN. (Sentándose. Amanece.)

No temo nada ya, la Germanía  
a fuerza de matar por siempre ha muerto,  
(Entra un Paje y se lleva el candelabro.)  
y al último caudillo que guiaba  
con bravo arrojo y con audaz empeño  
su cadalso estamos preparando.

CAP. 2.º Con premura tan grande que no acierto...

CAPITÁN. ¿No aciertas? pues escucha: temerosos,  
don Luis de Cavanillas, el primero  
de que don Carlos su perdón mandara  
la generosa compasión ungiendo,  
ahora que ya no tiembla, pues há meses  
que dominó la rebelión, quisieron  
que al menos á Guillen no le llegase  
y con sigilo grande y grande empeño  
han hecho que los jueces le sentencien.

CAP. 2.º ¡Buena está la justicia!

CAPITÁN. En todo tiempo  
hubo conciencias anchas, y las leyes  
necesitan intérpretes.

CAP. 2.º Entiendo:  
donde llevan los hombres sus pasiones  
no puede haber justicia según veo.  
¿De modo que don Luis de Cavanillas  
juez y verdugo se titula a un tiempo?  
¿No has dicho que vendrá?

CAPITÁN. Cortos instantes  
antes de ejecutarle a lo que pienso.

CAP. 2.º ¿Con aparato y todo?

CAPITÁN. No, al contrario,  
sus órdenes expresas nos dijeron,  
y nada de aparato, con sigilo  
por la poterna que en los muros recios  
del castillo se mira, sin más gente



que esa guardia feroz de aventureros  
que por doquier rodean su persona.

CAP. 2.º ¿Y tornará a Valencia?

CAPITÁN. En concluyendo  
de ver la ejecución: dicen se queda  
horas en el castillo, quiere verlo  
y tal vez descansar de su viaje.

CAP. 2.º ¿Cómo se habrá quedado el pobre preso  
al escuchar?...

CAPITÁN. (Levantándose.) Sorolla es un valiente;  
si en los hondos abismos de su pecho  
teme una muerte horrible y deshonrosa  
sabe mostrar su espíritu altanero  
en la serena faz.

CAP. 2.º Infamia ha sido  
que ese moro traidor, que largo tiempo  
comió su pan, le venda.

CAPITÁN. Se supone  
que alguna causa oculta...

CAP. 2.º Yo no creo  
que haya más causa que las ruines mañas  
de esa villana gente.

CAPITÁN. Pues gran premio  
dicen que se ha llevado; sospechaban  
que ese moro tuviese algún enredo  
con poderoso noble y ha cambiado  
la vida de Sorolla por dinero  
con que marchar a su lejana tierra  
libre ya de zozobra.

CAP. 2.º ¡Que perverso!  
Y dime, ¿no le dejan a Sorolla  
que vea a sus amigos o a sus deudos?  
porque fuera no hacerlo cobardía.

CAPITÁN. Sí, le han dejado señalado tiempo

para ver a los suyos, los que vengan  
todos podrán entrar, y a más quisieron  
que este aposento de espaciosa anchura  
le sirva libremente para verlos.

CAP. 2.º Mala suerte han tenido en su contienda.

CAPITÁN. La misma que los bravos Comuneros  
de Castilla: llevados de su encono  
y la justicia de su causa viendo,  
arrollaron con ímpetus de fiera  
grandezas asentadas en cimientos  
que tan solo los siglos con su paso  
algunas veces derribar pudieron.  
Tres años llevan de mortal pelea.

CAP. 2.º Justos tres años, ¡vaya si me acuerdo!

CAPITÁN. Y hoy de iracunda saña perseguidos  
sin paz ninguna y sin ningún derecho,  
contemplan la miseria en torno suyo  
más irritados los tiranos dueños,

y las banderas que doquier alzaban  
de fanática plebe escarnio siendo.

*CAP. 2.º De como los que avanzan demasiado  
a la postre y al fin pierden terreno.*

## ESCENA II

**ASAIL, en traje de artesano rico, por la puerta del fondo, la caal  
Tarda cerrada, CAPITÁN, CAPITÁN 2.º**

ASAIL. ¿Dais permiso? (En segundo término.)

CAPITÁN. Adelante.

CAP. 2.º (Al primero ap.) (Algún pariente.)

ASAIL. ¿El jefe de la guardia?

CAPITÁN. Yo soy.

ASAIL. (Adelantándose.) Vengo  
de parte de los jueces que han juzgado  
a Sorolla.

CAPITÁN. ¿Y qué más?

ASAIL. Lo que deseo  
este papel lo dice. (Le da uno al Capitán.)

CAPITÁN. (Desdobra el papel enterándose de su contenido.)

Bien, veamos.

«Que en sitio retirado y bien dispuesto

»esperéis a don Luis de Cavanillas.»

(Le devuelve el papel.)

ASAIL. De su casa criado en otros tiempos

dijéronme que a Játiva venía

CAPITÁN. ¿Y quién? (Con curiosidad.)

ASAIL. Los jueces.

CAPITÁN. ¡Ah!

ASAIL. Pedirle quiero ...

(Mostrando un pliego.)

Lo llevo escrito aquí, como he sabido

que en la ciudad no para.

CAPITÁN. Desde luego,

pues los jueces lo piden, veré el modo  
de poderos servir. Para hacer tiempo  
venios allá dentro, el preso sale  
y no quisiera incomodarle.

ASAIL.. Bueno.

(Ap.) (Por fin voy a matarlo; por mi suerte  
la vida de Guillen vendí a buen precio,  
tres años persiguiendo dos venganzas  
y las dos en un día se cumplieron. )

(Sigue a los Capitanes por la escalera y se van los tres por la  
puerta Je la galería cerrándola.)

## ESCENA III

### SOROLLA

¡La muerte! ¡sí! ¡la soledad! ¡la nada!  
¡el hondo abismo del sepulcro frió!  
¡no ver la luz jamás! ¡¡¡qué horror, Dios mio!

.....

¿Por qué voy á morir? ¿qué ley lo exige?  
¿Qué poder invencible lo ha ordenado?  
¿Quién es el hombre, quién, para arrancarme  
el aliento vital que Dios me ha dado?

.....

¡Morir! ¡romper el nudo que sujeta  
el rayo abrasador del pensamiento  
para dejarlo como luz perdida  
en la sombra que envuelve el pensamiento!  
¡Dar este cuerpo a la pesada tierra  
cuyos húmedos granos  
ciñendo mis despojos  
arrancaran la carne de mis manos  
y los limpios cristales de mis ojos!



¡Oh! ¡qué dolor tan grande, Dios eterno!

Apártate de mí, ¡que no te vea,

profundísimo cáliz de amargura:

hombre soy, y á tan grande desventura

no hay hombre alguno que valiente sea!

Hombre soy, del espíritu sagrado

destello vivo, imagen portentosa,

alma libre nacida en lo increado!

¡Yo no debo temblar ante la fosa!

Pero morir, rindiendo el albedrío

a las leyes bastardas del humano,

morir así... guardando en la conciencia

odio contra el hermano

que me arranca la luz de la existencia.

¿Por qué? porque mi voz murió perdida

cuando clamaba con potente brío

por las leyes más santas de la vida!

¡Fuente del bien sobre el cénit hermosa,

ardientes labios apliqué a tu seno

sin ver que el mundo de flaquezas lleno

tornó tu pura linfa en venenosa.

La realidad mató mis ilusiones,

que el alma atribulada  
donde buscó justicia, halló pasiones.  
¡Justicia! ¡oh Dios! fantástica figura  
que en los valles del mundo se presenta  
a cuya vista la esperanza aumenta  
de unir la vida en fraternal ventura.  
La raza humana defenderla jura:  
con entusiasmo sus virtudes cuenta,  
y al ver su ley inexorable y lenta  
sus juramentos olvidar procura!  
Las sociedades con funesto anhelo  
la enseñanza a su antojo ataviada,  
envuelta siempre en misterioso velo,  
y el hombre en su existencia desgraciada  
si acaso llega a verla es en el cielo  
cuando apaga la muerte su mirada!  
(Se sienta en el sitial.)  
¡Todo acabó, con el cercano día  
verá la luz eterna que he soñado  
estática de amor el alma mía!

## ESCENA IV

**VICENTE**, que entró antes de que **GUILLEN** dejase de hablar ,  
deteniéndose en la puerta del fondo avanza á escena. **SOROLLA**  
al ruido se vuelve levantándose.

SOROLLA. ¿Quién es?

VICENTE. (Abrazándole.) Guillen!

SOROLLA. Placer inesperado,  
de la tierna amistad dulce consuelo.

VICENTE. (Conteniendo su pena.)  
¡Guillen, mi pobre amigo idolatrado!

SOROLLA .¡Santa ventura que nos presta el cielo  
y que sólo comprende el desgraciado!

VICENTE. Te miro, y el dolor que contenía  
en el fondo del alma temeroso  
de que tu gran dolor aumentaría  
le siento rebosar impetuoso

sin que logre calmarlo el alma mía:  
llorando estoy aunque llorar no quiero.

SOROLLA. ¡Llora! ¿Qué mengua nos ofrece el llanto  
cuando brota del alma tan sincero?  
Con esa ofrenda de mortal quebranto  
santificado fue tosco madero.

VICENTE. (Con asombro.) ¡Serenos corazón! ¡tu voz tranquila  
vibra elocuente sin acerbo grito!  
¡brillante luz derrama tu pupila!

SOROLLA. (Con dolorosa dulzura.)  
Cuando se ve tan cerca lo infinito  
el malvado no más tiembla y vacila.

VICENTE. ¡Pero la muerte! ¡Oh Dios! si me parece  
que no es posible tan inmensa calma.  
Tu grandeza el asombro se merece.

SOROLLA. El hombre se trasforma y enaltece  
cuando escucha las voces de su alma.

También derraman lágrimas mis ojos;  
si, que esta humana y frágil vestidura  
prendida de este mundo en los abrojos  
no puede ver la celestial ventura  
en la escoria que dejan sus despojos.  
También lloré, poro el dolor pasado  
atravesó veloz el pensamiento  
como la oscura sombra del nublado  
que pasa con volar arrebatado  
sin manchar el azul del firmamento.

VICENTE. ¡Y tu vas a morir!

SOROLLA. (Con extremada dulzura.) La voz airada  
de nuestra sociedad empedernida,  
a quien ya no hago falta para nada,  
pide con estridente carcajada  
el sacrificio de mi inútil vida.

VICENTE. ¡Que sólo veas porvenir tan triste,  
tú que a tu pueblo y a tu raza diste  
de noble libertad santa bandera,

y que el derecho entronizar supiste  
bajo el dosel de la virtud severa!

SOROLLA. La muerte espero, sí, y escucha atento,  
que al acercarnos al postrer instante  
se torna más sutil el pensamiento  
y la razón alumbra unís brillante  
el humano y mortal entendimiento.

Piélago de pasiones donde mora  
la efímera justicia de la tierra  
tal es aquesta sociedad traidora  
que nos brinda con frase encantadora  
todo el veneno que en su seno encierra,  
Nace en ella el creyente, que sumiso  
al espíritu excelso que le anima  
quiere mostrar el porvenir conciso  
y sus leyes le mandan que es preciso  
que con su sangre el porvenir redima...

VICENTE. (Interrogándole.)

Ley de la tierra, que la .Justa Mano  
no confirmó jamás desde su altura...

SOROLLA. Pero ley fija del linaje humano  
ante cuyo dominio soberano  
es átomo, no más, la criatura.

Las edades avanzan sobre el mundo  
por el mandato del poder divino,  
y cumplen lentamente su destino  
dejando en sombras con desdén profundo  
a los que las enseñan su camino.

VICENTE. ¿Entonces tú?...

SOROLLA. (Con dulzura.) Yo soy cual leve llama  
de gigantesca hoguera desprendida  
que en rojo fuego el horizonte inflama  
y ráfaga del viento desparrama  
quedando en breve tiempo oscurecida.

Yo quise hallar para la patria mía  
de la justicia la inmortal diadema,  
y en esta cárcel imponente y fría  
he visto que es muy presto todavía  
para ofrecerle tan precioso emblema.

Fuerza es ya sucumbir; breve minuto  
el horizonte iluminó la idea;  
la llama se apagó, cumplí el tributo.  
Junto al vivo fulgor el negro luto  
es necesario que la historia vea.

VICENTE. Pues bien, entonces bárbaras legiones  
son aquellas que luchan con firmeza  
por conquistar derechos y razones,  
¿Qué le importan la ley ni las naciones  
al que sabe que pierde su cabeza?

SOROLLA. Y ¿qué le importa el encontrar la muerte  
al que buscando la justicia amada  
sabe que con la sangre que se vierte  
queda siempre la tierra fecundada  
prestando vida a lo que nace inerte?  
¿Quién ha visto en su efímera existencia  
cumplido el sueño que atesora el alma?  
¿Quién descubre el camino de una ciencia  
sin conquistar la inmarcesible palma  
galardón de la noble inteligencia?



VICENTE. (Con desaliento.) ¿Y ha de llevar el tiempo en su carrera  
miles de seres, mártires al cielo,  
sin llegarse a cumplir en nuestra esfera  
esas leyes de amor y de consuelo,  
llamadas hoy fantástica quimera?

SOROLLA. (Después de una pausa.)  
La solitaria palma en el desierto  
sembrada por los vientos tropicales,  
apenas brota sobre el suelo yerto  
la acometen con fiero desconcierto  
las olas de esos grandes arenales.  
Llega una caravana, el peregrino  
a quien la soledad le infunde pena  
meditando tal vez sobre el destino  
al encontrar la palma en su camino  
la protege del viento y de la arena.  
Él pasa, el huracán que le persigue  
al vano polvo vuelve su ceniza,  
pero en tanto la palma quebradiza  
defendida por él lenta prosigue

creciendo entre la arena movediza.  
Aparece después la tribu errante.  
y al verla aquellos hombres infelices  
que la ventura tienen tan distante,  
se paran a gozar un breve instante  
la frescura que brindan sus raíces.  
Luchan feroces por llamarla suya,  
queda la blanca arena enrojecida,  
y en tanto aquella palma apetecida  
antes de que el combate se concluya  
recoge de la muerte nueva vida.

VICENTE. Para ofrecer levísimo reposo  
a alguna corta y pobre caravana.

SOROLLA. Para formar un sitio tan hermoso  
que nunca el pensamiento caprichoso  
llegó a pintarlo con palabra humana.  
Oasis de clarísimas corrientes,  
de sauces, de magnolias, de arrayanes,  
con cielos de zafiros transparentes  
a quien no empañan nunca sus orientes,

ni tormentas, ni nieblas, ni huracanes.

Si al emprender de nuevo su camino  
tal belleza soñara el peregrino  
que protegió la palma contra el viento,  
la tuviera no más por desatino  
de los que forja el libre pensamiento.

VICENTE. ¿Y esa ley de las altas perfecciones?

SOROLLA. La mira el hombre en derredor nacida  
y arraiga en nuestro mundo combatida  
por el fiero huracán de las pasiones  
que reina en los desiertos de la vida.  
¡Quimérica ilusión, vano delirio,  
exclamamos al verla los mortales  
luchando con los recios vendavales,  
sufriendo, sin cesar, rudo martirio  
solitaria en ardientes arenales!  
Peregrinos de inmensa caravana  
debemos protegerla contra el viento  
sin pensar en las luchas del mañana.  
¡Que ella se afirme y llegará el momento

en que proteja a la familia humana!

VICENTE. El alma de entusiasmo poseída  
su ardiente fe recobra al escucharte.

Tienes razón; ¿qué importa nuestra vida  
ante esa ley eterna y sin medida  
de la esencia de Dios bendita parte?

¡Escogido mortal; tu sacrificio,  
tu sangre generosa derramada  
por castigar la impunidad del vicio  
habrá de ser la ofrenda más preciada  
en los anales del eterno juicio!

SOROLLA.. ¡¡Esa fe inquebrantable me sostiene  
y con firme valor la muerte espero!!

¡Desgraciado el mortal que no la tiene,  
será tal su dolor, que considero  
que en fuerza del tormento se condene  
y en los breves instantes de agonía  
que a este mundo separan del eterno  
cuando se encuentre su razón impía  
al cuerpo inerte, á la materia fría,

en un minuto sufrirá el infierno!

VICENTE. ¡Heroísmo, Guillen, has demostrado  
que el alma tuya sin dolor camina!

SOROLLA. ¿El alma sin dolor? ¡ay! ¡desgraciado  
el que guardo, es horrible y me asesina  
y no puedo apartarlo de mi lado.

¡Andrea!, esa mitad de mi existencia,  
ese inocente ser, casta figura  
dormida en el umbral de mi conciencia  
para templar con mágica dulzura  
el fuego de mi audaz inteligencia.

VICENTE. (Ap.) (¡Desdichado Guillen!)

SOROLLA. Mujer amada,  
perfecta imagen del amor de esposa,  
compañera constante y cariñosa  
de mi vida intranquila y desgraciada  
a quien voy a dejar abandonada.

VICENTE. Te juro por el cielo, hermano mío.  
que velaré por ella.

SOROLLA. Con el alma  
en tu sagrado juramento fío,  
mas... la quisiera ver.

VICENTE. (Ap.) (¡Oh! qué extravío!)

SOROLLA. No temas, no, conservaré la calma.

VICENTE. ¡Verla tranquilo!

SOROLLA. Sí, verla un instante,  
fijar mis ojos por la vez postrera  
en la dulce expresión de su semblante  
y acudir á la muerte que me espera  
llevando un beso de su labio amante.

VICENTE. Piensa bien que el dolor la mataría,  
si a sospechar llegase que tu muerte  
está más cerca que el cercano día:

medita con despacio en tu agonía  
y acaso el corazón sientas inerte.

SOROLLA. No; quiero verla.

VICENTE. Bien, voy presuroso;  
ha tiempo que ha fijado su morada  
en la ciudad que es cárcel de su esposo:  
presto será contigo si en reposo  
me ofreces esperarla.

SOROLLA. (Siguiendo su pensamiento.) ¡Desdichada!  
Que no se entere...

VICENTE. No, voy prevenido  
lograré dejarla en tu presencia  
sin que pueda saber ni a qué ha venido.  
¿Tendrás valor?

SOROLLA. (Antes de salir.) Le llevo en mi conciencia  
ahí nació por el dolor mecido.  
(Se van; Vicente por la puerta del foro.)

## ESCENA V

**CAPITÁN, CAPITÁN 2.º y SOLDADOS, por la puerta de la galería»**

CAPITÁN. Quitad todas las guardias que vigilan su prisión.

(Baja el segundo Capitán, entrando en la prisión de Sorolla y a poco salen dos soldados que se van por el foro. Volviéndose a los soldados.)

Cerrad por dentro

la puerta que hay al fin de aquel terrado:

(Dos soldados se van por la izquierda.)

avisad a los frailes que a lo menos

acudan al castillo media hora

antes que muera:

(Bajan dos soldados marchándose por el foro.)

la señal haciendo

cuando don Luis asome por la vega

buscadme ni no acudo.



SOLDADO. (Antes de salir con los demás por la puerta de la galería.)

Vamos presto.

(Los ayudantes del verdugo y varios soldados cruzan la galería desapareciendo por la izquierda: los primeros llevan el hacha y paños rojos.)

CAP. 2.º (Saliendo de la prisión de Sorolla a punto que el Capitán baja

la escalera.)

¿Bajas a la ciudad?

CAPITÁN. No por ahora:

encargome el alcaide grande esmero

y voy á recorrer los baluartes

y el recinto exterior.

CAP. 2.º (Subiendo la escalera.) Pues hasta luego.

CAPITÁN. Si tardo en acudir que no te olvides

de buscar un buen sitio a ese pechero.

CAP. 2.º No se me olvida, no, y en cuanto sepa

por donde va don Luis pensaré el medio  
de servirle.

CAPITÁN. Si queda en el castillo  
por aquí ha de pasar, que para ello  
no tiene otro camino.

CAP. 2.º Pues entonces  
le mandaré venir a este aposento  
que es lugar muy conforme para el caso.

CAPITÁN. (Antes de salir por el foro.)  
Que vigiles en tanto que yo vuelvo.

(Se van; el uno por el foro y el otro por la puerta de la galería.)

## ESCENA VI

**SOROLLA, luego ANDREA y VICENTE.**

SOROLLA. ¡Cuánto tarda! ¡Dios mió!, ¡cuánto tarda!

¡Házmela ver, Señor! ¡Tanto la quiero

que imagino morir sin esperanzas

si una vez solamente no la veo!

Y el tiempo corre, y la impaciencia mía

siento en mi corazón que va creciendo...

(Salen Andrea y Vicente por el foro; Vicente al ver a Sorolla se retira por donde vino.)

SOROLLA. (Abrazando a Andrea.)

Andrea, ¡bien del alma idolatrado!

ANDREA. ¡Guillen! ¡Guillen! de su dolor profundo

descansa el corazón acongojado.

¡Sin este santo amor, qué fuera el mundo!

SOROLLA. (Ap. mientras Andrea queda reclinada en su pecho.)

(¡Y habrán de separarme de su lado!

¡Maldita ceguedad, odio iracundo

que conviertes al hombre en un malvado  
haciéndole jugar con fiera calma  
con las pasiones que atesora el alma!)

ANDREA. ¡Si tú me hubieras visto!... ¡Qué agonía,  
qué tormentoso afán, qué desconsuelo,  
qué lucha en la turbada fantasía,  
qué dudar de los hombres y del cielo.  
y al mirarte por fin, ¡cuánta alegría,  
cuánta felicidad!

SOROLLA. ¡Calma tu anhelo!

ANDREA. (Sentándose en el sitial casi desvanecida.)

¡Calma en tonto placer! ¡si es tan estrecho  
este débil recinto de mi pecho!

SOROLLA. ¡Andrea, Andrea! ¡lumbre de mi vida!

(Ap.) (Y lo habrá de saber, ¡destino impío!

Su emoción la dejó desvanecida,

cuando yo muera, entonces! ¡siento frío!]

(Procurando que vuelva en sí Andrea.)

¡Andrea!

ANDREA. ¡Tanta dicha inadvertida!

SOROLLA. ¡Cielo inmortal del pensamiento mió,  
vuelve los ojos hacia mí, que mire  
el alma tuya y en tu amor respire!

ANDREA. Míralos, ya no tienen más destino  
que seguir con su luz enamorada  
la senda que los marque tu camino,  
porque, mira, Guillen, nadie ni nada  
de ti me ha de apartar.

SOROLLA. (Ap.) ¡Cielo divino!

ANDREA. ¿Por qué ha de ser Andrea desgraciada?

SOROLLA. (Siguiendo su pensamiento.)

Tienes razón; ¿por qué? ¡por qué. Dios santo!

ANDREA. De tus ojos, Guillen, se escapa el llanto;  
(Levantándose.) ¿qué es esto, di, que nueva desventura  
puede arrancar de tu acerado pecho  
ese ardiente raudal de la amargura?

SOROLLA. La indignación de ver santo derecho  
hollado por la bárbara locura  
de una raza feroz, torpe derecho  
de miserable orgullo y de flaqueza  
que arroja con desden naturaleza.

ANDREA. ¡Indignación! Contempla ese infinito  
(Señalando al cielo.)  
donde la luz en ondas transparentes  
baja a los orbes cual maná bendito  
de las eternas celestiales fuentes;  
busca después con ansia tu delito  
y si el calor de la conciencia sientes...

SOROLLA.. Andrea, sigue; tu inspirado acento  
ilumina otra vez mi pensamiento.

ANDREA. (Con tono profético.)

Busca en el alma ese *algo* que nos guía  
hacia el eterno sol del paraíso,  
y recuerda la santa profecía  
que Dios al hombre confiarle quiso.

SOROLLA. Sí, la recuerdo bien, con valentía  
abrazaré mi cruz, pues es preciso...

ANDREA. Y pagarás la deuda contraída  
por gozar de los bienes de la vida.

SOROLLA. (Dispuesto a decir a Andrea que va a morir.)  
Siempre te he visto así y así te quiero,  
que la mujer valiente y cariñosa,  
la que tiene el amor por bien primero  
y el alto fin comprende de la esposa,  
cuando lo ha menester su compañero  
debe encontrarla grande y valerosa.

ANDREA. ¿Cómo no, si el placer que me enajena  
odio y dolor con frenesí condena?

SOROLLA. (Ap.) (Si ella supiera que cercana muerte  
levantará un abismo insuperable...)

(Alto.) ¡Ven á mis brazos, ven, yo quiero verte!

ANDREA. ¿Qué tienes? ¿qué zozobra inexplicable  
turba tu corazón? ¿qué mejor suerte  
que huir de este recinto abominable?

SOROLLA. ¡Oh! calla, calla! (Ap.) (Su razón delira  
o el mismo cielo su palabra inspira.)

ANDREA. ¡Guillen! esposo mío, me horroriza  
esa expresión de espanto que te ciega,  
sabes que no soy hembra asustadiza  
y que mi amor hasta el martirio llega:  
¿qué otro nuevo dolor nos tiraniza?  
¿tal vez la libertad que se te niega?

SOROLLA. (Ap. con terror.) (Yo no puedo decirla, no, no puedo.)

ANDREA. ¿Callas? ¡callas, Guillen!



SOROLLA. ¡Sí!... ¡tengo miedo!...

ANDREA. ¿Se te niega ese bien? ¿verdad qué es eso?  
¿qué más pudiera ser!...

SOROLLA. ¡Oh! ¡sí! desecha  
otra vana ilusión! ¡como el proceso  
ha sido largo... y luego... satisfecha  
puedes vivir...

ANDREA. ¡Vivir estando preso!

SOROLLA. (Y no ve mi dolor, y no sospecha...)

ANDREA. ¡Y yo soñé tu libertad. (Ap.) (Locura,  
no le debo afligir con mi amargura.)  
(Alto.) Pero cómo ha de ser. Tal vez cercano  
el fallo de esos hombres justiciero  
preste su apoyo al desvalido hermano  
y le dé libertad al prisionero:  
estos son los deberes del humano

y que los cumplan con paciencia espero.

¿Tú también la tendrás, que por lejana

no dudarás de la justicia humana?

SOROLLA. ¿Dudar yo?... Tu palabra cariñosa

vibrando como acero en mis oídos,

arrebató la sombra tenebrosa

hinchida de sarcasmos y quejidos

que mi razón turbada y vanidosa

plegaba por fuerza en mis sentidos.

¿Qué mayor bien para el que no es culpable

que huir de este recinto abominable!!

(Volviéndose al foro y como si estuviese solo .)

¡Tribunal que me juzgas en la tierra,

no eres injusto, no, yo he deseado

el alto bien que la justicia encierra

y tu fallo de muerte me lo ha dado!!

ANDREA. ¡Jesucristo! (Cae.)

SOROLLA. ¿Qué esto? ¡Andrea! ¡Andrea!

¡Muerta tal vez! ¡Oh, no! ¡piedad, Dios santo!

¡No la mates! ¡no! ¡no! ¡que yo la vea!

No me escucha... ¡Señor, mira este llanto!

¡ten compasión del pobre peregrino

que ya no cuenta más que breve día

para llegar al fin de su camino

con la pesada cruz de su agonía!

(Andrea se incorpora apoyándose en el sitial. Sorolla la sostiene.)

Abre los ojos.

ANDREA. (Con extravío.) ¡Muerte! ¡Muerte!

SOROLLA. Escucha;

me dejé arrebatarse...

ANDREA. (Sentándose en el sitial.) Terrible arcano.

la muerte en un cadalso sin la lucha.

¿Pero es esto verdad! tu fin cercano

y brilla el sol tranquilo en su techumbre. (Levantándose).

SOROLLA. (Abrazándola ) Dulce bien de mi amor, no desvaríes.

ANDREA. ¿Y no estoy muerta ya de pesadumbre?

(Sorolla procura sonreír.)

Pero tal vez!... ¡oh, sí! ¡sí, te sonríes!...

no será esa sentencia la postrera,  
respóndeme. (Ademanos de extravío.)

SOROLLA. No, no, largo es el plazo.

ANDREA. (Vivamente.) Hay que lograr perdón, me voy.

SOROLLA.. Espera,  
no te vayas así, dame otro abrazo.

VICENTE. (Entra, quedándose parado delante de la puerta )

ANDREA. Ya está Vicente aquí.

SOROLLA. (A Vicente.) (Ap. primero para sí.) (Sonó la hora,  
ni una palabra.)

VICENTE. (Ap.) (Bien.)

(Alto.) Andrea.

ANDREA. Vamos.

SOROLLA. (Y en esa confianza aterradora...)

Escucha. (Ap.) ¡Oh, no!

ANDREA. Muy pronto regresaremos;  
muy presto, sí... ¡Verás, verás mis ojos  
cómo arrancan del hombre la clemencia.  
¿Para qué quiere el alma estos despojos  
si no logran salvarte la existencia?...

SOROLLA. A dónde vas...

(Ap. a Vicente.) (Ni un punto la abandones.)

VICENTE. (Descuida.)

ANDREA. Voy a ver si mi delirio  
conmueve las humanas sensaciones,  
y una víctima salvo del martirio.  
Adiós, Guillen, adiós.

SOROLLA. ¡¡Qué es lo que siento!!

Mira, atiende... Una lágrima ha caído  
y te la quise dar... (Se abrazan.)

VICENTE. (Llorando y ap.) (¡Oh qué tormento!)

(Alto.) Vamos,

SOROLLA. (Detiene a Andrea en sus brazos y se quita del cuello una cadenita con una pequeña pieza de marfil, y mientras la abrazala pone en su cuello. La acción unida a la palabra.)

ANDREA. (Despidiéndose.) ¡Guillen!

SOROLLA. ¡Involuntario olvido!

Te quise sorprender... y... la alegría  
de lograr un perdón tan deseado,..

ANDREA. El perdón, ¡vamos!

SOROLLA. (Ap.) (¡De la infancia mía  
el único recuerdo conservado!)

VICENTE. (Al ver que se abre la puerta de la galería.)

(¡Que ya se acercan!)

SOROLLA. ¡Ay!

ANDREA. Ten esperanza,  
que el tiempo pasa breve en nuestra vida,  
y el que sufrió dolor placer alcanza!

SOROLLA. ¡¡¡Adiós!!!

ANDREA. (Abrazándole.) ¡Adiós!

VICENTE. (Llorando.) ¡Qué horrible despedida!

(Se van por el foro.)

## ESCENA VII

Mientras termina la anterior escena y principia la presente, se abre la puerta de la galería y aparecen dos FRAILES que bajan lentamente la escalera: mientras Sorolla dice !os primeros versos de la escena uno de los Frailes baja delante y lleva una cruz de madera pero sin Cristo.

SOROLLA. (Después de despedirse de Andrea, se sienta en el sitial con abatimiento profundo.)

¡Qué noche de tristeza me rodea!

¡Sólo con mi dolor, junto al abismo!

¡¡Luz para mí, que el alma se anonada!! (Pausa.)

¡Caridad fraternal!... ¡¡Sarcasmo!!

FRAILE. (Que se habrá ido acercando lentamente, mientras con una mano

presenta la cruz, con la otra rodea el cuello de Sorolla.)

¡¡Hijo!!

SOROLLA.. ¡Mi cruz! ¡mi cruz! Es esta, sí, la veo. (Levantándose.)

Vuestro soy ya, llevadme á mi suplicio.

(El Fraile se le lleva á la prisión, seguido de otro fraile que durante el diálogo habrá quedado al pie de la escalera.)



## ESCENA VIII

### ASAIL y CAPITÁN 2.º

CAP. 2.º (En la galería, señalando a la puerta de la derecha, prisión de Sorolla.)

Por allí saldrá el reo: su cadalso

(Señalando a la izquierda de la galería.)

puede verse muy bien desde este sitio:

(Bajando seguido de Asail.)

cuando todo concluya y los clarines

anuncien despejar, por aquí mismo

bajará Cavanillas con su gente.

(En escena ya.) Parece que se queda en el castillo

por breve tiempo. Entonces te adelantas

y puedes entregarle el manuscrito.

ASAIL. ¿Y Sorolla? Sabéis que no quisiera...

CAP. 2.º No quieres que te vea, sí, lo has dicho

y no se me olvidó, pero descuida,

no te verá. Con tiempo muy preciso

le sacarán de la prisión: si acaso  
detrás de ese trofeo, con sigilo  
puedes estar oculto mientras sube.

ASAIL. Bien: ¿tardará?

CAP. 2.º Muy poco, se ha corrido  
que le va a perdonar el rey y temen  
que le alcance el perdón sin el castigo:  
(Se oye en lejano toque de clarín.)  
por eso tienen prisa en despacharle.  
Voime a mi puesto.

ASAIL. (Ap.) ¡Perdonar!

CAP. 2.º Confío  
en que tendrás corteses miramientos  
al entregar tu petición.

ASAIL. (Con intención.) No olvido,  
y todos los favores que le debo  
os juro... le serán correspondidos.

(El Capitán se va por la puerta de la galería.)

## *ESCENA IX*

**ASAIL, solo.**

¡Perdonar!... ¡Qué palabra tan hermosa  
para el supersticioso fanatismo  
de esta raza, que mira en una fosa  
algo más que la sombra de un abismo!  
Perdonar y morir sin que en la vida  
que solo cuenta con fugaz momento,  
cambiemos el sufrir, por sufrimiento,  
la herida, por la herida  
y el horrible tormento, por tormento.  
El perdón ¡oh! el perdón es una idea  
apoyo vano de flaqueza humana  
que no puede vengarse y que perdona  
soñando la venganza en un mañana  
que le entreabre las puertas de la muerte.  
¡Sólo el débil perdona, nunca el fuerte!  
(Pausa.) ¡Ay madre idolatrada,  
sí, quedarás vengada  
y tu sangre inocente

que en rojas manchas salpicó mi frente

presto será lavada

con sangre del infame delincuente...

Y Sorolla se puso en mi camino

y desvió mi brazo justiciero

y yo no le maté... sí, le he matado:

ese cadalso, que en la torre veo

y sólo espera al reo

fue por el odio mío levantado.

(Pausa.)Y odio y muerte tuviera

aqueste mismo corazón que late

si la muerte y el odio mereciera,

que no hay justicia humana que aquilate

lo que yo mismo aquilatar supiera.

(Salen de la prision Sorolla y los dos frailes y comienzan a su-

bir la escalera seguidos de dos soldados que pocos momentos

antes habrán bajado por la escalera entrando en la prisión. De-

lante Sorolla y un fraile, detrás el otro y cerrando la marcha,

los soldados. En lo alto de la galería esperan más soldados de-

lante de la puerta. )

ASAIL. (Detrás del trofeo.) Ya está aquí, su soberbia desmedida,

ese afán de enmendar la ley humana  
le arranca el peso de su pobre vida.

SOROLLA. Padre, qué lejos estaré mañana  
de este pequeño mundo!  
¡Qué luz tan celestial verán mis ojos,  
qué espacio tan eterno y tan profundo.

ASAIL. Al mirarle de nuevo mis enojos  
siento brotar del alma.  
él me impidió matar...

SOROLLA. (En la galería.) ¡Qué hermosa calma!  
(Le da un rayo de luz en la cabeza.)  
¡Mirad, padre, mirad en mi cabeza  
un rayo de ese sol incandescente;  
¡qué cielo tan azul, qué aire tan puro  
siento cruzar por mi ardorosa frente!

ASAIL. ¿Si llegará el perdón antes que muera?

SOROLLA. (Asomándose a la baranda de la galería por el foro.)

Cuánto pueblo se agolpa en esa plaza.

ASAIL. Ese perdón si por aquí viniera,

en balde le sería,

que es lo primero la justicia mía.

SOROLLA. ¿Y decir que es del pueblo la amenaza?

No, padre, con su espíritu apocado

qué puede comprender el desgraciado?

Él es irresponsable de mi muerte:

si con su voz airada me condena,

buscad despacio y hallareis por causa

que sólo atiende inspiración ajena. (Durante estos últimos versos se oye un confuso rumor muy le-

jano viniendo de abajo.)

ASAIL. (Ya en medio de escena.)

Nadie, ni nada cambiará su suerte.

SOROLLA. (Dirigiéndose al pueblo.)

Germen lleno de vida y movimiento...

errante y solo a la merced del viento...

ASAIL. ¡Qué dilación! En mi furor me abraso.

SOROLLA. Hoy clamas porque ruede mi cabeza,  
tal vez mañana seguirás mi paso,  
lágrimas derramando de tristeza...

(Se oye un clarín.)

FRAILE. El cadalso está allí, ¡mirad al cielo!

SOROLLA. (Separándose de la balaustrada.)

Hijas del cielo son mis reflexiones  
que sólo en este trance sin consuelo  
sabemos apreciar nuestras pasiones.

CAPITÁN. (Dentro.) No detenerse.

ASAIL. Al fin...

FRAILE. Sigamos, hijo.

ASAIL. Vengado estoy, de lo que en ti se encierra



no quedará memoria.

CAP. 2.º Vamos, apresurad...

FRAILE. (Antes de desaparecer.) De leve tierra  
nacimos: con la muerte está la gloria.

SOROLLA. Ya lo sé, padre mío, no me aterra  
ese cadalso; viviré en la historia. (Se van.)

## ESCENA X

**ASAIL solo, luego ANDREA**

ASAIL. (Sube dos escalones desde donde se supone que ve a Sorolla.)

¡Que sereno camina! el cristianismo,  
le da a la muerte un cetro soberano.  
¡Qué poder tiene sobre el ser humano  
ese bello ideal del heroísmo!!

ANDREA. (Dentro.) ¡Dejadme!

ASAIL. (Escuchando.) Ese rumor... ¡La voz de Andrea!

ANDREA. ¡Traigo el perdón!

ASAIL. ¡Perdón! de aquí no pasa!

VOZ. (Dentro.) Dejadla, será tarde cuando llegue.

ANDREA. (Entra con un pergamino en la mano.)

¡Ya está aquí tu perdón, Guillen del alma!

ASAIL. (Cerrándola el paso.)

Atrás.

ANDREA. ¿Tú aquí, Asail! ¡Déjame paso.

ASAIL. ¿Dónde vas, infeliz?

ANDREA. Por Dios, aparta,  
que le traigo el perdón.

ASAIL. (Deteniéndola.) ¿Quién te lo ha dado?

ANDREA. El rey, desde Castilla se le manda.

ASAIL. Siempre llegaron tarde sus perdones.

ANDREA. ¡Qué dices! Santo Dios... ¡Paso!

ASAIL. Insensata,  
Sorolla con su falso idealismo  
de un asesino defendió la causa.

ANDREA. Sorolla es la virtud sin el orgullo,  
la severa justicia sin venganza.

ASAIL. Pronto nada será.

ANDREA. ¡ Virgen del cielo!  
¡Guillen, Guillen!

ASAIL. (La detiene por la mano.) La voz de tu garganta  
no llegará al cadalso donde expía...

ANDREA. (Luchando por desasirse de Asail y completando el  
pensamiento de éste.)

Los crímenes sin nombre de tu raza.

ASAIL. (Viendo la joya que Andrea lleva al cuello y que se la puso  
Sorolla al despedirse.)

¡Qué es esto! ¿De quién es este amuleto?

Andrea. ¡Paso, cobarde!

ASAIL. Di, responde, habla,

habla y te dejo libre.

ANDREA. Me lo ha dado

Guillen!... Déjame paso.

ASAIL. ¡Oh Dios! aguarda.

¿Quienes fueron sus padres? Presto, presto.

ANDREA. (Con viveza.) No lo supo jamás, se le halló en Játiva cuando apenas tres años contaría.

ASAIL. (Dando un grito, deja libre a Andrea que sube la escalera precipitadamente agitando el pergamino.)

¡Mi hermano!

ANDREA. (Gritando.) ¡Su perdón!

ASAIL. ¡Madre del alma,

el hijo tuyo muere y yo le mato!

(Comienza a subir precipitadamente la escalera llegando al descansillo a punto que Andrea llega al fin de la escalera.)

Deteneros! ¡perdón!

ANDREA. (Da un grito cayendo de rodillas al pie de una columna.)

¡Ay Virgen santa!

ASAIL. (Queda inmóvil en el descansillo de la escalera.)-

¡Es tarde ya! ¡y ha muerto ¡y yo estoy vivo!

UNA VOZ. (Dentro viniendo de la izquierda.)

Pueblo, cumpliase la justicia humana.

(Toque de clarines.)

ASAIL. Esos clarines... ¡moriré en matando!

(Desenvaina el puñal.)

VOZ. ¡Ha del paje! (Dentro derecha.)

OTRA VOZ. ¡Aquí estoy!

OTRA VOZ. Toda la guardia

que trajo Cavanillas que se apreste

en la poterna: por allí se marcha.

ASAIL. ¡Maldición de la tierra y de los cielos,

para siempre se frustra mi venganza!

ANDREA. (Se levanta loca, llama.)

Guillen... ¿ha muerto? no, que allí le veo!

Asail, vamos, vamos, que nos llama.

(Se oye rumor de voces lejanas y confusas.)

Y A su pueblo, y el pueblo le responde;

¡y quisieron matarlo! ¡que ignorancia!

(Señalando primero á la izquierda y luego hacia el foro.)

le mataron allí... Y allí renace.

Ya voy Guillen, ya voy.

(Sale corriendo por la izquierda dando una carcajada.)

ASAIL. (Levantando el puñal.) ¡Odio y venganza!

Miserable puñal del asesino!

cumple al fin tu misión, cúmplela y mata.

(Se clava el puñal y cae.)

(Cae el telón rápidamente.)

FIN DEL DRAMA

**Freeditorial** 